

MUTACION PSIQUICA

PETER KAPRA

PETER KAPRA

Mutación psíquica

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: A. BORRELL.

Primera edición - Setiembre 1972.

Depósito Legal B. 32146 - 1972.

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«Contaré cuántos minutos tiene una hora,
cuántas horas hacen un día,
cuántos días componen un año
y cuántos años puede vivir un hombre.»

(W. Shakespeare. *Enrique VI*)

Capítulo Primero

Una gran depresión espiritual dominaba a Christine Hettinger desde la reciente muerte de su padre, al que adoraba con mucha más intensidad de la que podía hacerlo una mujer de veinticinco años, en pleno siglo XXIII, educada con los modernos procedimientos electropsíquicos. Incluso, ella misma se había sobresaltado, al analizar sus sentimientos filiales y creer que estaba enamorada de su progenitor.

Esto no era cierto. No podía serlo. Pero Christine sintió como si parte de su vida se hubiera extinguido con la de él. Su hipersensibilidad debió resquebrajarse. Ya nada tenía aliciente; ni el estudio ni el trabajo.

La casa estaba vacía. El laboratorio del profesor Hettinger quedó desierto. La joven no quería bajar al sótano y contemplar todo lo que había sido la ilusión y el mundo de su padre.

La Academia de Física Mundial, con sede en París, concedió honores especiales a Franz Hettinger y le distinguió, a título póstumo, con la máxima recompensa que la ciencia podía conceder a uno de sus más íntimos adeptos: la Cifra Inmortal.

Además, el profesor Hettinger fue hibernado en un ataúd de cristal y depositado en el hibernadero-panteón de los hombres ilustres de Galli, isla de Spitsbergen, junto a sabios fallecidos durante los dos últimos siglos.

Christine acompañó el féretro hasta su morada definitiva. Fue excelentemente acogida en la isla por un reducido grupo de funcionarios, uno de los cuales, solícito, declaró:

«—El profesor Hettinger merece volver a la vida algún día, señorita. No sé si la ciencia logrará desterrar la muerte. Nosotros creemos que sí, y con esa esperanza se conservan aquí todos estos hombres insignes. Porque sería admirable que alguna vez, tarde o temprano, pudieran volver a su trabajo y contribuir, con su gran sabiduría, a la perfección suprema de la humanidad.

La joven agradeció estas elogiosas palabras con una triste sonrisa. El funcionario había añadido:

«—Y puede usted venir por aquí siempre que lo desee, señorita Hettinger. Será bien recibida.

Ella aceptó la invitación y, en dos ocasiones, tomó su «air-jet» y se trasladó a Spitsbergen, donde pasó unas horas ante el cuerpo incorrupto y serenamente frío del hombre que le dio la vida.

Ahora, seis meses después de su muerte, Franz Hettinger continuaba ejerciendo extraordinaria influencia en la aparentemente vacía existencia de Christine. Y como la depresión iba en aumento, no logrando rehacerse ni adaptarse a su soledad, la joven decidió volver a ver a su padre por tercera vez.

Estaba cenando, sin apetencia, en la superelectrónica cocina de su casa de los alrededores de Bonn, cuando lo dejó todo, se dirigió al garaje y montó en el «air-jet». Una llamada por ultrafrecuencia al Control Internacional de Vuelo le permitió marcar en su tablero el circuito que la computadora le señaló. No había demora; por tanto, Christine sacó su aparato y, al encenderse la luz verde, conectó el piloto «cyborg-aéreo».

Como un meteoro, el «air-jet» de propulsión iónica se remontó al cielo estrellado y tomó la dirección norte. El termostato fue regulando la temperatura paulatinamente. Christine, recostada en su asiento, entornados sus grandes y hermosos ojos verdes, delgada y esbelta, ni siquiera notó el enfriamiento exterior del ambiente.

Antes de que pudiera saber por qué había tomado la decisión de volver a Galli, ya había llegado a su destino. El aparato se deslizó por la pista helada, fue frenado poco a poco por las ondas magnéticas de retención hasta situarse por último en la rampa correspondiente.

Un funcionario la identificó en la pantalla de visión tridimensional.

— ¡Necesito ver de nuevo a mi padre! —suplicó Christine.

El rostro de la pantalla no se alteró.

— Sí, señorita Hettinger. Puede usted pasar… Hoy no estará usted sola.

Hasta quince minutos después, ella no comprendió el sentido de estas palabras del funcionario. Y sólo lo recordó cuando se hallaba en la helada galería, al ver allí a un hombre alto, de cabellos ligeramente plateados, muy erguido, vestido de azul oscuro.

Él también la vio a ella. La miró, pareció sorprenderse, y luego, con paso mesurado, seguro de sí mismo, se le acercó. Christine vio que era

un hombre de edad indefinida, bien parecido, de ojos grises y expresión inteligente. La nota característica en él era una especie de medalla dorada, con una piedra preciosa en el centro, que colgaba de su cuello, sobre un jersey azul. Vestía un chaleco largo y pantalones ajustados y elásticos. Un cinto de cobre rodeaba su cintura.

— Buenas noches, señorita… ¿Su padre?

La fina mano del desconocido señaló la tapa transparente bajo la que estaba el ataúd, de Franz Hettinger.

— Sí.

— ¿Quién era?

— Franz Hettinger.

— ¡Ah, un prohombre, digno de reposar aquí! Lo siento mucho, señorita Hettinger. Había oído hablar de su padre.

Ella le miraba con los labios entreabiertos, ligeramente excitada. Jamás había conocido a nadie, excepto a su padre, que la turbase del modo que lo hacía aquel desconocido.

Le agradó su porte, su extraña distinción y, en especial, su forma de hablar, en alemán, como ella.

— No deberían morir hombres como el profesor Hettinger. Su contribución en el estudio de las partículas ultranucleares ha sido grandiosa. Gracias a sus fórmulas fisicomatemáticas, la humanidad se ha beneficiado increíblemente.

— ¿Conocía usted los trabajos de mi padre? —preguntó Christine, cada vez más nerviosa.

— Mucho, por supuesto. Incluso asistí, en varias ocasiones, a sus clases en Bonn, Hamburgo, Berlín y Colonia. Sentí mucho su muerte.

— Gracias, es usted muy amable —musitó Christine, dirigiendo una mirada al cadáver de su padre, que se conservaba con la misma naturalidad que el día de su muerte—. Todos fueron muy buenos con él… Traerle aquí fue un tributo que se ganó por su propio esfuerzo. Y usted, ¿ha perdido a alguien?

— Sí, a todos —replicó el hombre, dejando estupefacta a la joven—. Lo siento, perdone —se apresuró a añadir—: No he querido decir eso. He venido a recordar a los hombres ilustres de los dos últimos siglos. Aquí parece flotar latente la esencia misma de sus espíritus. Los heliogramas son fríos, las células fotoeléctricas sólo reproducen el pasado, lo que fue y no es. Ellos, en cambio, están aquí. Son genios imperecederos, monstruos del saber humano, sin cuyo concurso la humanidad se hubiese estancado en su evolución.

— ¿Puedo preguntarle quién es usted? —inquirió Christine, sin poderse contener.

— ¡Oh, le pido mil excusas! Me llamo Franz Kohler

— ¡Franz, como mi padre! Pero… ¿filósofo? ¿En qué sentido?

Una amplia sonrisa, que rejuveneció las facciones del hombre y permitió ver su perfecta dentadura, pareció envolver a Christine.

— La filosofía sólo tiene un sentido. Temo, empero, que su significado se haya distorsionado o perdido. La especialidad de los tiempos modernos rechaza el término general filosófico. Yo aspiro a pensar en todo el conjunto.

»Hay aquí mucha ciencia sepultada y conservada estos seres, viviendo algunos… cientos de años?

Como si la bajísima temperatura de las cámaras en helio. ¿Se imagina usted el día que la medicina destierre la muerte del hombre, lo que pueden hacer se hubiera escapado? Christine tuvo un estremecimiento. Había creído escuchar, de labios del extraño personaje, una frase que quedó incompleta: «¿Cuando no exista la muerte, lo que podrían hacer viviendo como yo? »

Fue sólo una vaga impresión, un «flash» mental o una ilusión. Christine rechazó inmediatamente aquel pensamiento absurdo. El hombre que tenía delante era de carne y hueso, mortal, tangible. No podía haber salido de una cámara de hibernación.

Franz Kohler incluso sonrió, contribuyendo a disipar la impresión estremecedora.

— Sospecho que usted se encuentra como desplazada e insegura. Le falta su padre, a cuya ausencia no se ha habituado aún, ¿verdad?

— ¿Cómo lo ha adivinado? ¿Es clarividente?

— Intuición analítica. Pienso. Debe sobreponerse. Puede que no logre volver a verle revivido. La muerte posee un sentido esotérico, no pertenece a nuestra dimensión. Halley hizo una disertación formidable sobre este tema.

»Por ello no creo que estos hombres regresen. Aunque me alegraría mucho equivocarme. Hay una frontera invisible que separa el más allá del presente. Aquí estamos nosotros. Ellos se han ido, han cruzado la frontera, ya no están. Esos son sus restos materiales, su recuerdo; pero la esencia de ellos no está ahí, porque ya no nos pertenece.

»Otra cosa sería la inmortalidad, o sea, llevar siempre encima el cuerpo físico donde se ha desarrollado nuestra inteligencia y nuestra razón. Sin desgaste, sin fatiga, sin vejez… ¡Oh, qué sorprendente! ¡Eso

sería la autodestrucción total de la humanidad por hipersensibilidad!

— Habla usted de un modo desconcertante. No he oído a nadie decir lo que usted expone.

— Tal vez sea que no ha conocido a nadie como yo. Perdone. Creo que no he debido molestarla. Será mejor que me retire.

Christine fue a replicar, pero se contuvo, sin saber la causa. Vio al hombre del medallón alejarse por la galería y luego doblar una esquina, hasta desaparecer de su vista.

Horas después, cuando quiso buscarle, ya no lo encontró. Al salir del hibernadero, preguntó a un funcionario:

— El hombre que estaba en las galerías, ¿quién es?

— El señor Kohler —le respondieron.

— Sí, ese nombre me dio. ¿Quién es? ¿Qué hace? ¿De dónde ha venido?

— Lo siento, señorita Hettinger. No sabemos nada de ese hombre. Ha llegado en un bólido sideral, procedente de un lugar que desconocemos. Se ha marchado hace un rato. No había venido antes e ignoramos si volverá. Pero nos mostró el emblema de la «Hermandad Mayor».

* * *

La tranquilidad y el sosiego volvieron a Christine Hettinger después de su última visita al hibernadero de Galli, quizá porque el espíritu de su padre, al penetrar en su subconsciente, la hubiese inducido a la calma.

Sin embargo, ella tenía el presentimiento de que su sosiego procedía del encuentro que tuvo en el panteón de personajes ilustres y la breve y extraña charla sostenida por el singular filósofo.

Al regresar a Bonn, Christine había buscado en el «Quién es quién», pero no logró encontrar el nombre de Franz Kohler, lo que significaba que no era un personaje relevante. En la guía europea encontró seis o siete mil nombres iguales, pero ninguno era filósofo. En realidad, esta antigua disciplina humanista no se enseñaba en las universidades. El filósofo no existía dentro de la psicotecnia moderna. Resultaba un auténtico anacronismo.

En vista de la inutilidad de sus pesquisas, Christine desistió de localizar al misterioso personaje, pero no lo olvidó. Por el contrario, incluso llegó a soñar con él.

Y un día, mientras trabajaba en las grabaciones de su padre, tarea que se había impuesto al quedar huérfana, tratando de legar a la humanidad los trabajos de su progenitor, la sobresaltó el zumbido del videófono.

Su sorpresa fue enorme al responder a la llamada y encontrarse con el semblante sonriente de Franz Kohler en la pantalla multicolor.

—Buenos días, señorita Hettinger. ¿Me recuerda?

— ¡Por supuesto, señor Kohler! —replicó Christine, radiante.

— Temí que se hubiera olvidado de mí. Acabo de llegar a Bonn y deseo hablar con usted. ¿Me permite que vaya a visitarla?

Instintivamente, ella adoptó una actitud reservada. Contestó:

— Nos conocimos en circunstancias especiales, señor Kohler. No sé si debo…

— Rechace toda inquietud —se apresuró a tranquilizarla—. No le causaré ningún perjuicio, sino todo lo contrario. Me interesa hablar con usted… profesionalmente.

— ¡Ah, la filosofía! He aprendido algunas cosas sobre el estudio de la verdad, que ignoraba cuando le conocí —Christine sonrió—. Sí, me alegraré de recibirle. ¿Sabe mi domicilio?

— Sí, su padre era muy conocido. ¿A qué hora puedo ir?

— ¿Esta tarde, a las cinco?

— De acuerdo. Muchas gracias por su atención.

Efectivamente, a las cinco en punto, según pudo ver Christine a través de una ventana, un lujoso automóvil eléctrico se detuvo ante la casa. Ataviado con idénticas ropas que cuando le conociera en Galli, Franz Kohler descendió del vehículo y se acercó a la entrada, mirando las flores del jardín.

El timbre del circuito de llamada zumbó cuando Christine abría la puerta y se presentaba ante su visitante.

— Hola —saludó él jovialmente—. ¿Cómo está?

— Muy bien, ¿y usted? Pase, por favor. He preparado el té.

— Lo siento —dijo él—. No puedo tomar nada.

Christine acompañó a su huésped hasta el salón, donde le invitó a sentarse en una butaca. Él se sentó y cruzó las piernas. No dejaba de sonreír, mirándola.

— Permítame decirle, Christine, que me impresionó usted cuando la conocí en Spitsbergen —Franz habló reposadamente—. Le aseguro que las mujeres significan poco para mí. Por suerte, he estudiado a fondo el

alma femenina durante… años.

— ¿Debo sentirme desilusionada? —preguntó Christine, con coquetería.

— No bromee, por favor. El motivo de mi visita es muy importante y serio.

— ¿Sí? Expóngamelo, por favor.

— Está relacionado con su padre… Lo siento. Cuando murió dejó sin terminar un trabajo importante. Me refiero a su famosa ecuación sobre el desarrollo infinitesimal de los encadenamientos ultra-nucleares del omicrón.

Sin poder ocultar su decepción, Christine miraba atentamente al hombre que tenía delante, en particular al medallón y la piedra preciosa que lucía sobre el pecho. ¿Sería aquello el emblema de la «Hermandad Mayor»?

— Sí —admitió ella débilmente—, fue un trabajo que no pudo concluir. Lástima. Su enfermedad dejó inconcluso algo que habría sido muy útil a la ciencia.

— Lo sé. En la Academia de Física Mundial se menciona esa falta con sentimiento. Por eso he venido. Quiero que me escuche atentamente y no se sorprenda de nada. Lo que voy a revelarle es un gran secreto, celosamente guardado durante siglos y que no pueden conocer los profanos.

»Es algo tan extraordinario como increíble, pero cierto, como usted podrá comprobar en breve. Sin embargo, necesito su promesa formal de no revelar jamás lo que va a ver por sus propios ojos.

— Me intriga usted. ¿Qué secreto me pide compartir? —inquirió Christine, envarándose en su asiento.

— Puedo hacer que el padre de usted vuelva del Más Allá —dijo Franz Kohler, sencillamente.

Christine se puso vivamente en pie.

— ¿Qué está usted diciendo? —exclamó, alterada.

— Tranquilícese, señorita. No estoy loco ni bromeo. Sólo deseo su promesa firme de absoluto silencio, una vez haya visto, tocado y hablado a su padre.

— Pe… pero… ¡Eso es imposible!

— Siento no estar de acuerdo con usted, señorita Hettinger. Yo sé que no es imposible. Usted puede ver a su padre dentro de unos minutos. Se presentará aquí, se sentará entre nosotros, hablará y… terminará la ecuación del desarrollo infinitesimal. Sé que sólo él puede

hacerlo y la Academia necesita el desarrollo completo. Luego, podrá usted decir que la encontró entre las notas de su padre, olvidada y con el resultado exacto, porque nadie puede saber que él ha vuelto para terminarla.

Christine se había puesto mortalmente pálida.

— ¿Es usted capaz de resucitar a un muerto?

— No, eso no. Sólo puedo hacer venir su espíritu. Pero usted lo verá y podrá tocarle. Es físicamente palpable. Le ruego que acepte. Domínese, por favor.

Sin saber lo que estaba diciendo, Christine musitó:

— Hágalo. Le prometo no revelar nada… ¿Qué me ocurre?

— Siéntese. Empieza usted a sentir los efectos de la hiperestesia hipnótica. —Y cuando Christine se sentó dócilmente, él prosiguió—: Su padre ya está llegando. Todo está impregnado de su presencia… Entrará por esa puerta… Fíjese usted.

Christine, con los ojos inmensamente abiertos, se volvió hacia la puerta… ¡Y vio moverse el picaporte metálico!

Se abrió la puerta despacio.

Capítulo II

El profesor Franz Hettinger entró en el salón. Sonrió dulcemente a la petrificada hija y se acercó, para inclinarse sobre ella y besarla en la mejilla, como tenía por costumbre hacer en vida.

Christine, a pesar de su temor, sintió perfectamente el cálido beso y la presión amable de las manos de su difunto padre en los hombros.

— ¿Cómo estás, Chris? —preguntó él, con su voz suave y dulce.

— ¡Papá! ¿Eres… tú?

— Sí, querida; soy yo. Tenía que volver. El «Hermano Mayor» ha sido muy gentil. No te asustes, por favor. Sé que te parece cosa de brujería o magia, pero es real y cierto.

Franz Kohler intervino entonces, para decir:

— Por favor, profesor Hettinger, no distorsione la realidad. Es el espíritu de usted, con su habitual aspecto físico y material, el que está aquí. El cuerpo que usted tuvo en vida yace en Galli.

El profesor se volvió a Kohler y suspiró, diciendo:

— Sí, es cierto. Pero Chris no puede comprender esto.

— Eso es cosa mía, profesor. Puede que lo comprenda.

— ¡He vivido sesenta y seis años, señor Kohler, y sé que los mortales no comprenden los misterios del Más Allá! —exclamó Franz Hettinger secamente.

— Siéntese, por favor. El choque emocional que estamos ocasionando en su hija sólo puedo controlarlo yo. Si no tomo las debidas precauciones, su mente puede desquiciarse. Ésos son los peligros de que le hablé. Ahora está bajo mi dominio psíquico.

— Le ruego que me disculpe, señor Kohler —musitó el extraordinario ser llegado del Más Allá—. ¿Puedo tomar una taza de té?

— Sí, hágalo. Sírvale otra a su hija.

Franz Hettinger se dirigió al «Ionic-serv» y pulsó los contactos. La

máquina actuó y vertió la infusión en las tazas, sacándolas por la abertura, con su plato, su cucharilla y su azúcar.

Christine, envarada en su asiento, no le quitaba los ojos de encima.

— Escúcheme, Christine —habló Franz Kohler—. Éste es su padre. Es un hecho real y no una materialización sobrenatural. Puede que algún día sepa que no hay ningún misterio en la muerte. Ahora, no piense en lo extraordinario. Piense que su padre ha vuelto para realizar un trabajo que dejó inconcluso. Usted puede verle, hablarle y preguntarle lo que quiera. Hágalo, se lo ruego. Y salga de ese estado de tensión anímica que no le ayuda mucho.

— Es que… ¡no puedo creerlo! ¡Soy víctima de una alucinación, de un engaño de los sentidos! ¡Creo que me tiene usted hipnotizada!

El profesor Hettinger se acercó con una pequeña bandeja, que depositó sobre la mesita, al lado de su hija. Se sentó también y dijo:

— No, Chris. Mi vuelta ha sido preparada con cuidado durante un período de vuestro tiempo. El «Hermano Mayor» Yidink me requirió en su templo tibetano, por medio de procedimientos «yogui-ratas», o lo que, dicho de otro modo, se llaman conjuros mágicos.

»Se me necesita, Chris. Ya sé cómo terminar el desarrollo infinitesimal de los encadenamientos ultranucleares del omicrón. Cuando uno atraviesa las fronteras tridimensionales de la vida, todos esos problemas adquieren una claridad descifrable.

»Mi mente es matemática y la «Hermandad Mayor» lo sabe. Me han hecho volver. Quieren que tú les ayudes y termines mi trabajo, que será presentado en la Academia como si lo hubiese resuelto antes de morir, y no estuviera seguro de su resultado. Yo redactaré esa copia, Chris. Lo haré esta misma noche. Mañana me iré para siempre.

La joven había abandonado parte de su reserva. La visión y las palabras de su padre parecían verdaderas y reales. Además, la influencia de la mente de Franz Kohler la iba tranquilizando.

— ¿Es posible que sea cierto, papá? —preguntó.

Él le acarició la mano y dijo:

— Sí, lo es. Arno Yidink, o Franz Kohler, puede hacer estos trucos de magia «yogui». Si no estoy mal informado, nació en Egipto, hace cinco o seis mil años. Es hijo de un sumo sacerdote, llamado Arnotep.

Ahora vio Christine de nuevo la sonrisa natural en las facciones del misterioso Franz Kohler.

— Es cierto, señorita Hettinger. Tengo seis mil doscientos años exactamente. ¿Le parece una larga vida? Pero no fui elegido «Hermano

Mayor» hasta principios del siglo xx, cuando mi antecesor Vaxpla-Idon, murió en un accidente ferroviario. Él tenía doce mil años y nació en Sumeria. Fue maestro de Salomón y luego iluminó a Sócrates, Aristóteles y Platón.

— ¿Espera usted que crea todo eso?

— ¡Oh, no! —se apresuró a decir Franz Kohler—. Precisamente, espero todo lo contrario. No debe creerlo y, además, tendrá que olvidarlo. Mañana, cuando el profesor se haya marchado, usted sólo sabrá que soy Franz Kohler. Y me llamará explicándome su «sueño». Y es que la realidad y lo falso están entretejidos muy sabiamente.

»No deseo que recuerde nada de esto. Quedará, eso sí, en su subconsciente. Y en su otra existencia espiritual, con todo el dominio de su saber, usted conocerá la verdad.

— ¿Qué es la «Hermandad Mayor»? —preguntó Christine—. Me hablaron de ella por vez primera, en Galli.

— Es una asociación de miembros iluminados que han alcanzado las cotas máximas de la sabiduría humana —replicó Franz Kohlen—. Dentro de la existencia normal de los hombres, nadie puede alcanzar esos conocimientos sobrenaturales, a menos que alguien iluminado le ayude.

»A mí me ayudó mi padre, Arnotep, de quien recibí las enseñanzas sagradas, las fórmulas maravillosas y el elixir de la longevidad. Cuando se logra no morir, lo demás se da como consecuencia.

»Nosotros dedicamos la vida al estudio, en beneficio de la humanidad, y hemos intervenido en la historia humana muchísimas veces, dispensando nuestra ayuda a los hombres que la merecían, a fin de obtener resultados evolutivos previstos.

»La humanidad es como un ciego que anda a tientas en las sombras, al que no se le puede confiar una antorcha, porque el mundo es un inmenso barril de pólvora.

»Los hombres son como un gran hormiguero. Cada uno ha de realizar una misión determinada y precisa, que llamamos trabajo o labor. Esa misión forma parte del concierto colectivo cósmico. ¿Se imagina lo que ocurriría si cada uno de los mortales quisiera hacer lo que le viniera en gana? Estamos seguros de que la humanidad ya se habría exterminado hace siglos y este planeta sería un páramo estéril, como era la Luna o Marte, antes de la colonización.

»No, alguien debe velar por los demás. Y no somos políticos ni gobernantes, porque los que detentan el poder temporal están rodeados

de sutiles consejeros o intrigantes, capaces de las mayores felonías por mantenerse en las altas y opulentas esferas, gozando de privilegios especiales.

»El mundo debía ser así y no podía ser de otro modo, porque los hombres llevan en su interior la inquietud ambiciosa de la evolución y el progreso. Y no importan los medios, si la humanidad sigue adelante.

»¿Cree usted que ignoramos los peligros que nos acechan continuamente? ¿Cree usted que el más sabio de todos nosotros lo sabe absolutamente todo? ¡Ah, efímera ilusión! Los sentidos nos engañan continuamente. Ni yo mismo soy capaz de saber cuál es la fórmula final que su padre ha venido a concluir esta noche. Soy filósofo y no físico o matemático. Pero los hombres necesitan conocer el desarrollo infinitesimal de los encadenamientos ultranucleares del omicrón y yo debo ayudarles a conocerlo. ¿Me comprende?

— Sí, creo empezar a comprender… Pero sigue siendo increíblemente extraordinario. ¿Y se considera usted instigador de los grandes adelantos técnicos y científicos de nuestra época?

Franz Kohler sonrió y dijo:

— Soy lo que poéticamente se llama una musa. Podría mencionarle miles de casos de hombres que han resuelto problemas, al parecer insolubles, gracias al influjo mental dirigido por mí, situándolos en el buen camino. Lo que yo sé, unido a lo que han estudiado ellos, se complementa. La gloria de la energía electrónica pertenece a Marc H. Solingen, pero yo le ayudé telepáticamente. La invención del «acuógeno» se la sugerí yo a Alexis Wolkovich, y ahora se obtiene agua del aire.

»¿Y la energía eléctrica captada por electrostática? ¿Y la transmisión del «sonimag» diódico de la televisión en relieve? Lo que yo no sabía sobre deslizamientos telúricos lo aprendí de Helmut Zachary; pero él aprendió de mí la composición del «rayo- sonda», gracias a la cual se han previsto los seísmos con varios meses de anticipación.

»Pero la «Hermandad Mayor» no está compuesta por un hombre solo. Nos reunimos periódicamente, siempre en lugares secretos, hasta cincuenta y dos miembros. Somos treinta hombres y veintidós mujeres. Si alguno sufre un accidente y muere, nuestro deber es sustituirle por algún otro sabio importante, al que iniciamos en las prácticas secretas que heredamos. Se le hace inmortal y se le inculcan las reglas de nuestra orden, que deben cumplirse inexorablemente.

»Nosotros dominamos todos los terrenos científicos y psíquicos. La

mente y las ciencias mágicas no tienen secretos para nosotros. La alquimia, la cábala y el esoterismo nos preservan de los demás hombres. Gozamos de riquezas incalculables que si pudiéramos distribuir entre los necesitados, arruinaríamos la economía mundial.

— ¿Y no han podido mejorar las condiciones de vida de la humanidad? —preguntó Christine, sin haber penetrado enteramente en el alcance de su pregunta.

— No hemos hecho otra cosa. Ése ha sido nuestro principal objetivo. Y estamos satisfechos de la labor realizada.

— ¡Pues hay gentes que padecen hambre y miseria!

— Se equivoca, señorita Hettinger. No hay tanta como había hace tres siglos o como en la antigüedad. El hambre tiene significados distintos en determinadas épocas y determinados pueblos. La mayor parte de las veces, el hambre era necesaria y precisa para conseguir una evolución. Acentuar o excitar la evolución se llama revolución. Y nosotros hemos provocado muchas revoluciones.

»¿Cómo cree posible que un puñado de hombres, con unos caballos, escaso número de arcabuces y espadas, pudieran derrotar a cuarenta mil soldados en Cajamarca? Esto fue posible gracias a la inspiración de Vaxpla-Idon sobre Francisco Pizarro y la inhibición que ejerció en el espíritu de Atahualpa.

»El imperio de los Incas era involucionista. El saber se había perdido, a pesar de descender de una de las razas más sabias de la antigüedad. El caciquismo absoluto dominaba América. El despotismo era sangriento, aberrante, y la vida de los vasallos indios carecía de importancia para los endiosados reyes.

»Nosotros provocamos el redescubrimiento de América, incitamos a Colón y cambiamos el curso de la historia. Bien que hubieron muertos. Pero si no actuamos, las consecuencias habrían sido infinitamente peores.

»Yo mismo hube de intervenir en la contienda Oriente-Occidente y hasta impedir la explosión de algunas bombas atómicas, cuyas consecuencias habrían sido irreparables.

»Hicimos pasar hambre a los pueblos vandálicos para inducirlos a lanzarse sobre los depauperados romanos, como antes ayudamos a Alejandro contra los sanguinarios persas.

»Todo eso ha permitido evolucionar a los pueblos, despertando en ellos la conciencia nacional, como ahora hacemos para colonizar los planetas, a fin de despoblar la Tierra. ¿Cree que no es necesario? ¿Qué

habría sido de la humanidad si no despertamos el ansia de conquista espacial?

— ¿Es necesario enviar colonos a sufrir privaciones a Venus? —preguntó Christine.

— Sí, absolutamente necesario —replicó Franz Kohler, muy serio—. El esfuerzo y las privaciones de esos pioneros venusinos, con sus pesados equipos isotérmicos, sus cascos y sus filtros purificadores, permitirá, a no tardar, que se exploten las riquezas inmensas de un suelo virgen. La navegación interplanetaria se acelerará y en este mundo se utilizarán muchos de los productos que llegarán de Venus.

»También se pretende descongestionar la Tierra, que se ha vuelto pequeña.

Christine no parecía aún muy convencida y objetó:

— Pero ¿con qué derecho ostentan ustedes ese poder tan extraordinario? ¿No habría sido mejor enseñar la verdad a todos los hombres?

— Mucho me temo que usted no sea jamás una verdadera filósofo, señorita Hettinger. ¿Sabe lo que está diciendo? Si usted, que es una mujer educada y culta, no nos comprende, ¿qué ocurrirá a quien tenga un coeficiente mental bajo? ¿Qué puede pensar de la transmutación de metales, por ejemplo, un agricultor?

— Admito que un agricultor no sepa mucho de química, pero hay ingenieros agrónomos…

— ¡Ah, un especialista! Por medios electropsíquicos, un alumno aprende ahora en un año lo que antiguamente necesitaba un hombre de ciencia toda una vida —dijo Franz Kohler—. Pero todavía no es suficiente.

»Piense que yo mismo dedico al estudio una tercera parte de mi vida, o sea que he adquirido unos conocimientos de más de dos mil años de duración… ¡Y no lo sé todo aún!

— En tal caso, nosotros somos unos ignorantes a su lado.

— En parte, sí. Pero las ciencias han cambiado mucho, gracias a los adelantos de la técnica. Antiguamente, nosotros no disponíamos de las grandes máquinas que se utilizan ahora. Teníamos, empero, otros medios, considerados paranormales. Sin ir más lejos, ahora se fabrican los diamantes artificiales en enormes hornos o crisoles térmicos accionados por energía atómica. Yo he fabricado diamantes con un horno de barro y carbón vegetal.

»Para producir oro, partiendo de metales menos nobles, los

ciclotrones o aceleradores de partículas gastan miles de créditos y sólo obtienen unas onzas del precioso metal, lo cual no es rentable. Yo, con un sencillo atanor, un fuelle y los conocimientos que me inculcó mi padre, consigo en pocas horas convertir el hierro en oro y platino.

»Pero no es eso sólo. Hay hierbas en los campos, que han estado siempre allí, sin que el hombre haya averiguado para qué sirven, sabiendo que la madre naturaleza no crea nada inútil. Esas hierbas, mezcladas hábilmente, contienen todos los remedios para las enfermedades del hombre.

»El elixir de la longevidad lo obtenemos nosotros de hierbas aparentemente inofensivas. Además, no ingerimos tóxicos, por el placer de alucinarnos, ni tomamos estimulantes que acortan la existencia. El organismo humano es una máquina perfecta que el hombre se ha obstinado en inutilizar, más por ignorancia y pereza que por otras razones.

»El hombre ha estado mediatizado siempre. Ha servido a los intereses ajenos más que a los propios.

Y ha bastado que un hombre sea más arrojado que los demás, a veces movido por la desesperación, para que todos le sigan a la muerte.

»Repito, eran necesarias las guerras. Mucha gente debía morir para que otros vivan. Si, de pronto, la demografía sufriera un cambio brusco en ascenso, se agotarían las reservas naturales. Pero si muriera medio mundo, el otro medio sufriría también las consecuencias. Los cambios deben ser paulatinos, calculados, progresivos. Y de este modo, hemos llevado a la humanidad al estado de avanzado desarrollo en que se encuentra ahora, que no es, sin embargo, el final de la capacidad total del hombre. Le aseguro que falta mucho por conquistar.

— Creo que me ha convencido —murmuró Christine, mirando a su padre—. ¿Lo sabías tú también, papá?

— Sí. En el lugar donde estoy ahora, esas cosas se saben.

— ¿Dónde estás?

— En una dimensión distinta, hija. Eso no puede explicarse, ni tampoco comprenderse. Puedo decirte que Franz Kohler, para ir a verme, hubo de concentrar su poder mental, de modo que su espíritu llegó hasta mí. Allí no podía llegar en estado físico.

— ¿Y cómo vives?

— Muy bien. Sigo siendo el mismo, pero sin dolor de cabeza, ni apetencias. Los seres humanos proceden unos de otros, por transmisión hereditaria. Luego, una vez nacidos, van aprendiendo y adquiriendo

unos conocimientos, que a su muerte son los estados dimensionales de su conciencia. En mi nivel no hay gente burda e ignorante. Nosotros podemos descender a las dimensiones inferiores de esos seres; pero ellos no pueden ascender hasta nosotros. Quien más sabe está más arriba. Y, lógicamente, los sabios del futuro estarán muy por encima de nosotros, acercándose al ser supremo que conocemos como Dios y que es la inteligencia máxima del universo infinito y multidimensional.

— Una definición muy exacta, profesor Hettinger —afirmó Kohler—. Sin embargo, su hija no ha logrado comprenderle. Para ello necesita morir, que es «irse». Y todavía no ha muerto.

— ¡No lo deseo! —exclamó Christine—. Creo que he de hacer aún muchas cosas.

— Y su padre también. Profesor Hettinger, por favor, debe usted ir a su laboratorio.

— Sí, sí, por supuesto. Perdóname, Chris. El «Hermano Mayor» Yidink se quedará contigo. Estás en buenas manos y él es mortal, como tú.

Franz Hettinger se levantó y abandonó el salón, dejando a Christine con la vista fija en el medallón de Franz Kohler.

— ¿Qué significa esa joya?

— Es el atributo de mi cargo. Soy «Hermano Mayor», Iluminado, Inmortal, Jefe del Fuego, el Agua, la Tierra y el Aire. Los adeptos me reconocen por mi insignia única. Los «Hermanos Mayores» podemos cambiar de aspecto y fisonomía periódicamente, por exigencias sociales. Y muchos «Hermanos Mayores», o adeptos mortales, también reconocen el «Gran Oriente», que me confirió mi antecesor Vaxpla-Idon.

»Soy el Señor de los Mortales…

Capítulo III

Christine se despertó, encontrándose sentada en la butaca anatómica del salón. La luz estaba apagada. Recordó haberla desconectado en la placa electrónica. Estaba cansada o tenía sueño. El programa de Sherry en la TV había sido flojo.

»Seguramente será sustituido», pensó Christine.

Y entonces empezó a germinar en su mente parte del sueño que debió crear su mente, durante la noche. Había vuelto a ver a su padre, y con él había algo así como una sombra, de la que sólo recordaba un beso cálido y una vaga promesa:

«—Puedo hacerte inmortal, Chris —había musitado Arno Yidink.

¿De dónde había sacado aquel nombre extraño? ¿Qué le dijo su padre? ¿Dónde estaba la carpeta azul, con la nomenclatura «Z-11»? ¿Y la piedra refulgente que hería sus ojos?

Christine se levantó, fue hasta la bandeja del «Ionic-serv» y pulsó las teclas uno y cinco. La máquina le sirvió un café negro, mezclado con «ámbar» dulce.

Lo tomó pensativamente. El sueño iba adquiriendo proporciones inusitadas en su cerebro.

— ¡Franz Kohler! —exclamó Christine, de pronto—. ¡Me llamó por videófono y vino a las cinco!

Esto no formaba parte del sueño. Era real. Incluso podía comprobarlo llamando a la Central Videofónica, pero no lo hizo. Recordó que él «se marchó a las seis», en su moderno automóvil.

¿De qué hablaron? ¡Ah, sí, tenía interés en que ella registrase las últimas notas de su padre, por si aparecía la ecuación que la Academia tanto hubiera deseado!

»— Si encuentra algo importante, llámeme al «Hulwer Hotel».

Christine se dirigió a su alcoba, donde empezó a desvestirse. Se miró

en un amplio espejo y pensó que estaba algo delgada. Desde la muerte de su padre, la falta de apetito había motivado que resultaran muy visibles algunos huesos de su cuerpo. Y sus senos estaban algo flojos. La tersura de su vientre también delataba escasa alimentación.

Vestida únicamente con un breve «short» gris, hizo algunos ejercicios físicos y luego penetró en el baño. El agua estaba regulada a su temperatura preferida, pero la enfrió algo más.

Pronto, bajo los chorros de agua tonificante, empezó a revivir. Su mente pareció desembotarse por completo, ahuyentando la pesadilla de la noche.

— Examinaré los papeles de papá… Me intriga la carpeta azul «Z-11»… Debe de estar en la estantería giratoria… ¡Sí, claro! ¿Quién removió aquello, cuando él murió? Debió de ser Bertha. ¿Cómo no se me ocurrió?

Salió del baño y se envolvió con una gran toalla color rosa. Se frotó el cuerpo y salió al dormitorio, donde un impulsor magnético descorrió la puerta del armario.

Se vistió rápidamente, no sin contemplar de nuevo su cuerpo en el espejo y asociar su figura, al natural, con la imagen de Franz Kohler, al que deseaba volver a ver cuanto antes.

Por esta razón, cuando estuvo vestida, se dirigió al despacho de su padre, abrió la puerta del laboratorio y descendió con el ascensor magnético.

En el amplio laboratorio físico que había sido de Franz Hettinger, donde el sabio había pasado la mayor parte de su vida, rodeado de libros e instrumentos de comprobación, Christine encendió las luces y se dirigió hacia las estanterías situadas detrás de la mesa principal de estudio y cálculo.

Casualmente, tocó la cubierta de la computadora. Un sobresalto sacudió su ánimo. ¡La máquina estaba caliente, como si alguien hubiera trabajado en ella durante la noche!

Este descubrimiento la dejó aterrada. Pero pensó que algún circuito se había podido alterarse. Sin embargo, alzó la tapa metálica y miró el enrevesado tejido de conexiones, sin acertar a descubrir nada. La computadora, un modelo reducido de «F. G. 100», capaz de resolver cálculos astronómicos e infinitesimales, era el mejor auxiliar en las comprobaciones matemáticas en las investigaciones de su difunto padre, y no se había puesto en funcionamiento desde la muerte de él.

Como no vio nada anormal, volvió a cerrarla y se acercó al armario-

archivo. La estantería giratoria tenía unas bandejas que desaparecían dentro del archivo. Christine accionó el resorte y en el ojo electrónico aparecieron, sucesivamente, los números y cifras de la nomenclatura establecida por su padre.

¡Y el número «Z-11» asomó en posición invertida, cuando ella sabía, positivamente, que ninguna de las carpetas estaba en esta insólita posición!

Su mano temblaba ligeramente cuando tomó la carpeta azul y la abrió. Las cuartillas de poliuro aparecían desordenadas. En todas ellas había guarismos y cifras, así como numerosas anotaciones, que Christine no había visto antes. En las fichas estaban las notas de las grabaciones verbales.

Rápidamente, la joven se sentó y abrió el cajón de la grabadora ferrofluórica… ¡Y también notó que la máquina había funcionado recientemente, porque las bobinas estaban aún calientes!

Con las fichas en la mano, Christine ordenó la repetición de todo lo grabado. Y la voz de su padre, cansada, extraña, vacilante e insegura, sonó de nuevo en el laboratorio, explicando el significado de las fórmulas y cifras.

Y lo fantástico era que allí estaba, resuelta, íntegra, la fórmula que su padre dejó interrumpida.

¡Christine tuvo el convencimiento de que alguien había trabajado allí durante la noche, terminando el trabajo que su padre no pudo concluir!

* * *

— Póngame con la habitación del señor Franz Kohler, por favor — suplicó Christine, al aparecer el semblante sonriente de la videofonista del «Hulwer Hotel».

— Sí, señorita. Aguarde un momento.

La imagen se esfumó, y a los pocos segundos, apareció la de Franz Kohler, que ahora vestía una especie de albornoz blanco, de judoka.

— Hola, buenos días, señorita Hettinger. Esperaba su llamada. ¿Ha encontrado algo?

— ¡Naturalmente que sí! Usted sabía muy bien que lo encontraría… ¡porque usted mismo lo ha puesto!

— ¿Qué dice? ¡No la comprendo!

— No sé quién es usted, ni lo que se propone. Pero le advierto que

con trucos de magia no puede, usted burlarme. Usted, o alguien enviado por usted, ha entrado esta noche en mi casa, ha llegado hasta el laboratorio de mi padre y ha… Bueno, aquí hay algo que antes no estaba.

— Tranquilícese. Es usted muy impresionable. Será mejor que me vista y vaya a verla inmediatamente.

— ¡No es necesario que venga, señor Kohler! ¡Yo misma enviaré esta información científica a la Academia de Física Mundial! Allí hay hombres de ciencia que lo estudiarán… ¡Y descubrirán que esto es un fraude y que mi padre no lo hizo!

— ¡Ha cambiado usted mucho en pocas horas, señorita Hettinger!

— ¡Usted me ha hecho cambiar, aunque ignoro lo que se propone! Pero descubriré su juego, porque, al mismo tiempo, voy a informar al Consejo de Vigilancia de sus extrañas actividades.

— Aguarde, Christine. No le aconsejo que haga eso.

— ¿Con que no, eh? Sabía que no iba a gustarle. No me crea tonta. He tenido un extraño sueño… ¡Muy extraño! Y creo que usted es el responsable de todo esto. No he hablado con nadie últimamente, excepto con usted. ¿Es hipnotizador o un aventurero que persigue algún deleznable propósito con sus maquinaciones?

»Pero yo no seré la víctima, ¿me entiende?

— Se porta usted como una niña, Christine —rezongó Franz.

— ¿Quién ha allanado mi casa y ha estado utilizando la computadora y el magnetófono de mi padre durante la noche? ¡Hasta la carpeta estaba colocada al revés! ¡Y sé muy bien que mi padre no hizo este trabajo!

— No haga nada hasta que yo llegue, se lo ruego. Estaré ahí dentro de quince minutos.

— No se moleste en venir, porque no me encontrará —replicó Christine, cerrando bruscamente la comunicación.

Abandonó el salón, tras tomar el portafolios de aluminio. Unos minutos después salía del hangar en el «air-jet» y solicitaba ruta al Control Internacional de Vuelo, para dirigirse a París.

Los circuitos de microonda actuaron. La placa de navegación estableció un rumbo y ella lo fijó por medio del piloto automático. Sin embargo, lo que no había ocurrido jamás, desde que se estableció el control de vuelos, para evitar el desorden en el tráfico aéreo, ocurrió en aquel momento. ¡El «air-jet» no tomó la dirección oeste, ni voló hacia París, a pesar de que la computadora central no había fallado!

Una fuerza extraña se interpuso y el aparato tomó otro rumbo. Cuando Christine quiso rectificar, previa comprobación y dominada por la inquietud, el aparato volaba a alturas casi estratosféricas, en el silencio misterioso de los cielos, en una trayectoria que ningún ser mortal podía haber establecido.

Los mandos no obedecían al control directo. Christine se convenció de que estaba prisionera, en su propio aparato, volando con rumbo desconocido.

Trató de efectuar una llamada de auxilio y no pudo establecer contacto con ninguna emisora.

«—¿Qué me ocurre? —se preguntó—. ¿Soy víctima de alguna alucinación? ¡Todo esto no es posible! ¡Ni mi padre ha podido volver de la muerte a terminar su trabajo, ni las ondas del control de vuelo pueden ser interceptadas! ¡Hay algo extraordinario y sobrenatural en todo esto! »

Al cabo de un tiempo indeterminado, el «air-jet» empezó a descender y penetró en una atmósfera más densa. A través de la pantalla, vio a sus pies una vasta región montañosa, de inhiestos y nevados picos, que asoció con el Himalaya.

Notó, además, que la velocidad del «air-jet» se reducía paulatinamente, a medida que se aproximaba a las peligrosas cimas nevadas, e incluso se deslizó junto a un impresionante muro helado, casi rozando sus aristados salientes, para encontrarse, de súbito, en una grieta de hielo eterno, a más de siete mil metros de altura.

Sobrecogida de espanto, vio, de pronto, cómo la proa del aparato se dirigía hacia una impresionante muralla de hielo, parecido al cristal. Cerró los ojos instintivamente aterrada, porque el aparato avanzaba directamente hacia el inmenso obstáculo!

¡Pero como si la barrera fuese de humo el «air-jet» atravesó el obstáculo, ya a escasa velocidad, y descendió sobre una superficie lisa y blanca, a la entrada de una caverna impresionante cuyas paredes y techo permitían el paso de la luz del sol!

El «air-jet» se detuvo suavemente, hasta quedar por completo inmóvil. Christine, atónita, sólo tenía ojos para mirar un singular edificio, en forma de castillo-pirámide, de líneas geométricas jamás vistas, que se alzaba sobre una especie de colina irregular y caprichosa, del color de la plata bruñida.

Christine no se movió de su asiento. Parecía paralizada por el miedo. Tuvo que pellizcarse con fuerza, hasta sentir el dolor, para convencerse

de que no soñaba y que era ella, realmente, la que se encontraba allí.

Sus sobresaltos no habían terminado. De pronto, vio moverse a varias figuras que parecían descender por una escalinata, desde la colina, al pie del espectacular castillo-pirámide, hacia la superficie lisa donde se había detenido el «air-jet».

Y le parecieron figuras femeninas, gráciles y airosas. Eran cinco mujeres jóvenes y bellas, que vestían una especie de clámide blanca, sujeta a la cintura por un cordón dorado. Llevaban el cabello suelto, ligeramente cobrizo, la piel satinada y algo morena, y todas eran exactamente iguales, como comprobó, poco después, cuando se acercaron, deslizándose graciosamente sobre sus pies ligeros, calzados con sandalias de tiras doradas.

Una de ellas, la que llegó primero, abrió la puerta del «air-jet» desde el exterior. Sonriendo con delicadeza, habló en una lengua que no era alemán, pero que Christine entendió perfectamente:

— Sé bien venida a «Cima Oriente», Christine Hettinger.

Christine jamás había escuchado la lengua madre de la humanidad, el «tulku», del que se derivan el sánscrito y los dialectos vedas, pero en los recónditos registros de su cerebro, donde el lenguaje siempre había permanecido consciente, vibraron las neuronas de la comprensión. Instintivamente, replicó en la misma lengua:

— Gracias… ¿Qué lugar es éste?

— La mansión del «Hermano Mayor», Arno Yidink, quien ha dirigido tu viaje hacia aquí.

— ¿Me espera?

— No ha llegado todavía. Pero hemos recibido su mensaje.

— ¿Cómo os llamáis?

— Somos las vestales del Iluminado. Mi nombre es Agar. —La vestal se volvió a sus sonrientes compañeras y añadió—: Éstas son Saba, Artea, Drima y Anea.

— ¿Por qué sois iguales?

— Somos hermanas, hijas de Akapton y Karisa. Nacimos en el templo de Karnak, en Egipto.

El asombro invadió la mente de Christine.

— No te sorprendas, Christine Hettinger —habló la llamada Artea, con una angelical sonrisa—. Somos «hermanas mayores», elegidas e inmortales.

Nuestra misión es servir a Yidink, nuestro amo y señor.

— ¿Y ése es vuestro palacio?

— Sí —admitió Drima—. Ahí vivimos hace muchos siglos. Es un lugar muy bello.

— Pero… ¿qué lugar es éste? Creí estar volando sobre las montañas del Himalaya.

— Sí, eso es. Los mortales llaman Himalaya a la Montaña Sagrada —replicó Anea—. Si Yidink no hubiera avisado tu llegada, ese avión se habría estrellado contra la barrera de hielo. Pero nosotras te hemos permitido la entrada. Ven, síguenos. Te mostraremos el palacio.

— Noto una atmósfera pura, agradable —observó Christine, descendiendo del «air-jet», con el portafolios de aluminio en la mano—. Parece irreal.

— Aquí se conserva todo con la misma pureza que cuando fue construido, hace muchos siglos. Vivimos en estado natural. Nada puede enturbiar nuestra atmósfera ni alterar nuestra paz. Si así ocurriera, nos trasladaríamos a otra parte. Ven.

Agar tomó a Christine de la mano y la condujo hacia la colina.

La recién llegada notó una ligereza muy agradable en sus pies. Caminaba como si estuviese flotando en un fluido etéreo, teniendo la sensación de haber perdido peso.

La escalinata aparecía pulida y limpia. Subió sus ciento veinte peldaños con ligereza, hasta llegar a la plataforma donde se asentaba el palacio, cuyos muros eran de piedra gris, muy sólida. Vio extrañas macetas, con flores exóticas y fragantes, pequeños árboles frutales jamás vistos ni soñados, y unos estanques de agua limpia y transparente, sobre los que flotaban nenúfares y algas de colores. Vio también peces maravillosos, que nadaban tranquilamente en medio de lo que parecían jardines subacuáticos.

— ¡Todo esto es encantador! —no pudo por menos que exclamar Christine, en «tulku».

— Sí, precioso —asintió una de las hijas de Akapton—. Por aquí solemos pasear con frecuencia. La quietud y la calma sosiegan nuestros espíritus eternos.

— ¿No os cansa el vivir tanto?

— No. Sería un terrible pecado despreciar los designios sagrados. Nuestras vidas no están exentas de atractivo. De vez en cuando, salimos a conocer los cambios que se efectúan en el mundo. Drima estuvo el año pasado en Londres y tuvo un devaneo amoroso.

Drima se sonrojó, pero sus hermanas rieron divertidas.

— ¡Era un muchacho inglés adorable! —se burló Saba—. ¡Harry, mi

adorado y dulce Harry!

— ¡Callaos! —exclamó Drima—. Vosotras también habéis jugado muchas veces con los mortales.

Christine iba de asombro en asombro.

— Pero ¿es posible que todo esto no se sepa? ¿Qué ha estado haciendo la historia?

— Crear mitos y fábulas. Las gentes dicen lo que les conviene. La verdad sólo la conocen los iniciados, o sea los «hermanos menores», que nos sirven. ¿Y para qué quieren saber los misterios del arcano, si no son más que peones del gran ejército humano?

Era Agar la que hablaba, mirando a Christine de pies a cabeza.

— Tendremos que cambiarte de ropas. Tenemos preparado tu aposento. La terma ha sido llenada, la despensa provista y las ánforas servidas. Aquí no tendrás apetencias. Todo cuanto bebas y comas no te perjudicará al organismo.

— ¡Pero yo soy mortal, vengo de afuera, no quiero estar aquí, pertenezco al mundo exterior!

Las cinco vestales se pusieron tristes. Agar dijo:

— Eso molestará a Arno Yidink. No debes decirlo. Aquí poseerás las piedras más preciosas, la sabiduría más sublime, la paz más perfecta.

— ¿He sido secuestrada?

— El «Hermano Mayor» ha guiado tu nave hasta aquí. Él vendrá y te hablará. Luego, la «Hermandad Mayor» decidirá tu destino. Nosotras no sabemos nada más… ¡Excepto que para ti ha terminado la existencia exterior!

— ¿Ya no podré salir jamás de aquí?

— Eso no lo sabemos. Dame ese maletín. Yidink lo guardará. Nosotras debemos hacerte agradable la estancia aquí.

— ¡No quiero quedarme! —gritó Christine.

Capítulo IV

Los vestales de «Cima Oriente» acompañaron a Christine al interior del maravilloso castillo-pirámide, cruzando salones lujosamente decorados con un gusto increíble, entre pinturas fabulosas, tapices bellísimos, alfombras inigualables y estatuas y relieves de oro y otros metales nobles y desconocidos, hasta llegar a una escalera de lapislázuli, que les condujo hasta los aposentos del primer piso.

Penetraron en una inmensa alcoba, adornada con sumo gusto al estilo de todo el palacio, donde Christine quedó extasiada de la riqueza y el refinamiento de cuanto allí había, empezando por el espejo de plata bruñida y terminando por el último escabel, lámpara o candelabro, que se iluminaba por electricidad atmosférica.

El baño o terma, de cuatro piletas, estaba en el aposento contiguo. Contenía aguas perfumadas, azules, transparentes, y eran recintos de piedra rosada, como de mármol de Carrara, pero sin vetas.

— Aquí se utilizaron los materiales más puros y preciosos de la naturaleza —habló Agar, ante el estupor de Christine—. La orden de la Arquitectura que construyó las más antiguas y perfectas obras de arte antiguo, trabajó aquí para agradar al «Hermano Mayor»… ¡Ah, si hubieras visto el palacio de Creta! Fue destruido por un terremoto y se perdió una de las obras más maravillosas jamás creadas por la mano del hombre.

»El agua es tibia natural y se renueva continuamente. Procede de los manantiales sagrados. Jamás podrás ahogarte ahí. Puedes lavarte por dentro y por fuera. Tu organismo sólo asimilará el líquido que necesites.

— ¿Y la cicuta? —preguntó Christine.

— Desecha esos pensamientos rebeldes. Aquí hallarás la paz y la felicidad.

— ¿Cómo lo sabes?

— Arno Yidink lo ha dicho. Él conoce mejor que nadie tu espíritu. Si

no fuera así, no te hubiese traído.

Christine se volvió hacia Agar y la miró fijamente a los ojos, que en la milenaria egipcia eran oscuros, brillantes y misteriosos.

— Tuve un sueño muy curioso. Al despertar, comprobé que alguien había terminado un trabajo que mi padre dejó inconcluso antes de morir. Supe también que un hombre extraño me había besado en los labios. ¿Crees que pudo ser Arno Yidink?

— No lo sé —musitó Agar—. Yo me hubiera sentido muy dichosa de ser besada por Arno.

— ¿No te ha besado nunca?

Agar negó con la cabeza.

— Se hace llamar Franz Kohler.

— Sí —admitió Agar—. Es el nombre que usa ahora. Periódicamente, después de cada reunión de la «Hermandad», todos cambian de aspecto, despojándose del cuerpo anterior como quien se quita un traje viejo. Antes, Arno me gustaba más. Pero debe adaptarse a las exigencias de la época. Este siglo es muy dinámico.

— ¿Le quieres, Agar?

— ¡Todas le adoramos! —exclamó Agar, con ojos brillantes y labios trémulos.

— Si yo le conociera tal y como es…

— Pronto le conocerás. Ahora, báñate y vístete de blanco. A él le agrada el color de la pureza.

— ¿Es apasionado?

— No lo sé. Puede serlo, si quiere… ¡No me preguntes más, por favor! —exclamó Agar, volviéndose para salir—. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo mentalmente. Nosotras te lo traeremos… ¡Ah, y depílate el cuerpo! En el tocador encontrarás pomadas para ello. Una mujer no debe tener más cabello que en la cabeza.

— ¿Es que he de presentarme desnuda ante él? —preguntó Christine, enojada.

— La mirada de Arno Yidink es penetrante y atraviesa las más tupidas vestiduras. Su mente es pura y su deseo también. No le ofendas. Si no es feliz, sufre.

— ¡Yo no he venido aquí por mi gusto!

— ¿Qué sabes tú de la causa por la que has venido? —reprochó Agar —. Tu mente es pequeña. Sólo se te ha permitido recordar la lengua «tulku» en su subconsciente. Pero sigues siendo una mujer moderna, de ahora… ¡de carne y hueso!

Antes de que Christine pudiera replicar, Agar abandonó el aposento y fue a reunirse con sus hermanas. Las puertas se abrían y se cerraban al paso de sus cuerpos. No era preciso empujarlas: giraban solas, silenciosamente, pese a ser enormes y pesadas.

Atribulada, Christine se sentó en una butaca con patas de oro y respaldo suave. Se sentía cohibida, asustada, inquieta, y quería rebelarse contra todo, ávida de despertar de lo que creía un sueño incomprensible, ¡en el que estaba despierta y viviendo otra vida!

¿Se había iniciado en ella una mutación psíquica?

* * *

— ¡Ha llegado! —exclamó Saba, apareciendo, jubilosa, en la puerta —. ¡Te espera en el salón verde!

Christine, con las mismas ropas que llevaba a su llegada, no se movió de su asiento, ni siquiera movió la cabeza. Su actitud rebelde se había acentuado.

— No quiero verle.

Saba se acercó a ella y se situó delante, con gesto implorante.

— ¿Qué dices? ¡No puedes hacer eso!

— Soy su prisionera, no su huésped. Si quiere verme, que venga aquí.

— ¡Oh!

— No pienso moverme de este sitio.

— ¡No sabes lo que dices! ¡Tienes que presentarte ante él!

— ¡No! —gritó Christine—. Llevo aquí más de tres días, sin probar bocado. Estoy dispuesta a morir de hambre, si es necesario, pero no me someteré a las exigencias de nadie… ¡No, si actúo contra mi voluntad! ¡Odio a ese hombre, aunque sea eterno, omnipotente, taumaturgo o semidiós! ¡No tiene derecho a tratarme como a una insignificante criatura, sin razón alguna! ¡Odio la compasión, pero mucho más odio el despotismo!

— ¡Cielo santo! —exclamó Saba, retrocediendo—. ¡No estás en tu sano juicio! ¿Es que no te has dado cuenta de dónde estás y con quién tratas?

— ¡Ni aunque me encontrase ante el Emperador del Universo! —replicó Christine, con energía—. Si existen seres sobrenaturales, con poderes extraordinarios sobre la vida y la muerte, y esos seres pretenden manejarme como si fuera un juguete, debo oponerme con

toda la firmeza de mi voluntad insobornable… ¡Y me opongo!

»Sé que no puedo salir de aquí. Hasta mi «air-jet» ha desaparecido. Estoy secuestrada y no puedo opinar, ni recurrir ante la Ley. Soy víctima de quien, al parecer, no necesita recurrir a la vileza y a la infamia para conseguir sus propósitos, porque no ignoro su poder y su fuerza. Y, sin embargo, he sido tratada como una marioneta desprovista de sentimientos.

— Lo siento —habló Frank Kohler, en la puerta del aposento.

Saba y Christine volvieron la cabeza. La primera se inclinó respetuosamente; la segunda miró con expresión desafiante al hombre que conoció en el hibernadero de Galli.

Él llevaba las mismas ropas azules, los pantalones ajustados y el medallón colgado del cuello, refulgiendo la gema engarzada en su centro. Sus cabellos plateados estaban cuidados con esmero, parecían más largos y brillantes; sus ojos grises sonreían benévolos.

— Déjanos, Saba —indicó al acercarse.

— Sí, «Hermano Mayor» —respondió la vestal, retirándose con la cabeza agachada.

Christine no bajó los ojos, ni se movió de su asiento, mientras él se situaba frente a ella y decía:

— Eres impulsiva e impaciente, Christine Hettinger. No debiste desobedecerme.

— ¿Por qué no? —preguntó ella, a la vez que sentía aumentar su furia—. ¿Qué derecho tiene usted sobre mí?

— Ninguno, por supuesto —contestó él—. Pero hicimos un trato. Tu padre volvió del más allá.

— ¡Eso fue una superchería! ¡Yo no creo en sus poderes extraordinarios, ni en su magia negra!

— Lo lamento, Christine. En primer lugar, la fórmula de tu padre era necesaria. Yo no podía concluirla. Su final merece ir unido al nombre del profesor Hettinger y así ha sido. Me he permitido enviar el portafolios a la Academia de Física Mundial.

— ¿Eso ha hecho? ¡Yo iba a entregar todos los documentos personalmente!

— Sí, pero a decir también que tu padre no lo había terminado, sino que alguien allanó su laboratorio, durante la noche, y eso no es cierto. Fue él.

— ¿Y lo hubieran creído los científicos de París? —le retó ella.

— No, si se exponía como tú querías hacerlo. Ahora, con el mensaje

que les he enviado en tu nombre, están más convencidos. Tratan de localizarte para expresarte su agradecimiento, pero están contentos de tener la fórmula del desarrollo infinitesimal.

— Dejemos eso. Veo que es usted capaz de lograr todo lo que se propone. Hablemos de mí.

Franz Kohler dobló sus piernas y se sentó en el suelo, en cuclillas delante de ella. No dejaba de sonreír. Al hablar, su voz era dulce.

— Hay en ti el mismo genio superior que en tu padre. Lo descubrí en Spitsbergen. Por eso los hombres no te atraen. Te sientes por encima de la humanidad. Orgullo, altivez, supremo desdén.

— ¿Cómo puede juzgarme así?

— Mi posición me lo permite. Soy señor de la vida y la muerte y debes creerme. Abartha es mi reino sobrenatural, imperecedero. No soy Dios, pero sí un «Maestro Supremo».

— Mi mundo no es el suyo, señor Kohler —replicó Christine, con desprecio.

— Todo es el mismo mundo. Pero ocupamos distintos planos en la vida. Así como existen niveles distintos en la muerte, la vida es otro aspecto, menos espiritual, del concierto universal. No son castas, ni privilegios, sino realidades desconocidas contra las que no podemos oponemos.

— ¡De tódos los privilegios increíbles que conozco, el suyo parece ser el mayor, el más injusto y aberrante, desigual y pernicioso! ¿Con qué derecho se atribuye el poder dominar a los demás? ¿No tenemos derecho al libre albedrío?

— No. Eso es un sofisma —contestó Franz Kohler—. Todos los seres humanos tienen una misión ineludible que cumplir. Si existiera, como se ha creído, un premio y un castigo, parecería lógico. Pero no es así. La vida pasa y no vuelve. El hombre crea el espíritu, lo inmortaliza, lo proyecta al cosmos, y su deber es perfeccionarlo, no deteriorarlo, porque así perjudica a los demás.

»No importa si un ser, en su ignorancia, deteriora su cuerpo. Eso es materia pura, con su espíritu, no puede hacer lo mismo. Lo que no aprenda aquí, lo aprenderá después, a un nivel inferior. Pero, al final, el Creador, mucho más sabio que todos nosotros, habrá conseguido su propósito cósmico y universal.

»¿Se puede admitir injusticia mayor que la muerte de un niño? Hay fuerzas ciegas en la naturaleza contra las que no se puede luchar. En la Creación todo está previsto, incluso que la naturaleza no pueda contra

el espíritu.

»Aquí se viene a cumplir un designio. Nadie sabe cuál es, ni siquiera yo, a pesar de haber vivido tanto.

Y lo que parece un privilegio se convierte así en una condena espantosa. Ése es mi destino.

»El tuyo, tal vez, haya sido ser hija de Franz Hettinger, ser altiva y rebelde. Por eso creo que luchas contra ti misma, sin causa ni razón.

— ¿Por qué no me deja, pues, volver a mi casa de Bonn?

— ¿Estás segura de querer eso?

— Sí, y que deje en paz mi mente, para que yo pueda decidir por mí misma.

— No sabes lo que quieres, Christine.

— ¿Usted sí?

— Sí. He vivido seis mil doscientos años.

— ¿Y pretende hacerme una de sus vestales, como las hijas de Akapton?

Una triste sonrisa afloró a los labios de él.

— No era ése mi propósito. Quería hacerte «hermana menor» y, más adelante, cuando conocieras los secretos de la «Hermandad», convertirte en inmortal.

Una expresión de estupor inundó el semblante de Christine.

— ¿Habla en serio?

— Sí. Pero no quiero oponerme a tu firme voluntad. Borraré de tu mente esta experiencia y te haré regresar a Bonn. Ya no habrá más fugas de recuerdos dormidos en tu subconsciente. Respetaré lo que tú llamas tu libre albedrío.

Diciendo esto, Franz Kohler se puso en pie.

— Espere, señor Kohler —dijo ella.

— Espero. ¿Qué quieres?

— ¿No… volveré a verle?

— Tal vez, pero seré un simple mortal a tus ojos.

Christine no pudo ocultar un gesto de decepción.

Pero dijo:

— Está bien. Si es ésa su voluntad…

— ¡No, es la tuya! Aquí no estarás prisionera. La biblioteca de los libros sagrados está a tu disposición. Mientras te inicies, no envejecerás. Afuera, el mundo te olvidará poco a poco. Luego, podrás salir, ver y hablar con las gentes, contribuir al progreso, Pero ya serás como

nosotros.

»¿Qué decides, Christine? Todavía estás a tiempo.

— Si digo que sí, ¿cómo voy a estar segura de que es mi voluntad y no la… tuya la que decide?

De nuevo apareció la sonrisa franca y diáfana en los labios, de él.

— ¿Quieres pensártelo mejor? —preguntó él.

— Sí —dijo ella, levantándose.

Franz Kohler se acercó y la tomó en brazos, sin que ella opusiera la más mínima resistencia. Mirándola intensamente a los ojos, musitó:

— Voy a besarte, a pesar de que no has introducido tu cuerpo en las aguas sagradas ni te han ungido con los óleos aromáticos.

— Me besaste en sueños, dejándome tu ardor en los labios.

— No debías saberlo.

— Tu amor debe de ser muy fuerte.

— Esto te demostrará que no empleo métodos hipnóticos —replicó Franz, inclinándose sobre los entreabiertos labios de la joven y ahogando sus palabras en su boca.

Christine estaba consciente ahora. Sintió una electrizante sacudida en su médula, se abrazó intensamente a él, medio desvanecida de gozo, y jadeó.

Cerrados los ojos, en éxtasis supremo, percibió el deseo del amor en todas las fibras de su cuerpo. Su corazón latió aceleradamente, casi haciéndola desmayarse.

Y en aquel estado semiinconsciente, se dejó conducir hacia el amplio lecho, donde se abandonó a sus caricias, suplicando que continuase la tortura de aquel inefable placer.

Franz Kohler satisfizo el ruego implorante de ella.

* * *

— Ésta es la biblioteca de «Cima Oriente» —dijo Franz, señalando la inmensa nave, totalmente cubierta de preciosas estanterías metálicas, donde se alineaban cientos de miles de volúmenes lujosamente encuadernados—. Es imposible leerlos todos durante el transcurso de una existencia normal.

— ¿Tú lo has leído todos? —preguntó Christine, que ahora vestía la clámide blanca, con cordón dorado, sandalias en los pies e iba peinada al estilo griego clásico.

— Sí —contestó él, reteniéndola de los hombros.

También Franz se había cambiado de ropa y lucía una camisa corta, cinto amplio y plateado, con un rombo sobre el vientre, donde brillaban las piedras preciosas. Unas flexibles botas doradas cubrían sus pies, y le llegaban hasta poco más arriba del tobillo, y de su pecho colgaba el medallón, símbolo de su rango.

— ¿De qué tratan? —preguntó Christine.

— Aquí está condensado todo el saber humano, desde las primeras civilizaciones.

— ¿Es que existieron esas civilizaciones milenarias de que hablan algunos arqueólogos?

— Por supuesto. La vida no nació en la Tierra, sino que llegó de otros mundos, a bordo de naves extragalácticas. Nosotros sabemos cuándo se inició la vida, cómo fue y dónde. Pero los nombres no significan nada, porque aquellos mundos ya han desaparecido.

»Y no se extendió sólo en un sentido, sino en muchos, como los rayos de la luz, por eso existen numerosas razas en el cosmos, que han ido evolucionando de acuerdo con el ambiente y el medio. Y muchas veces hemos establecido contacto con algunas de ellas.

— Soy muy feliz, Franz… ¿O debo llamarte Arno Yidink?

— Arno Yidink es mi verdadero nombre. Lo que te asombraría es saber los nombres que he tenido antes de ahora, y muchos de ellos han sido célebres en la historia.

— ¿Sí? ¿Fuiste Napoleón?

Franz sonrió y repuso:

— No, pero fui Dante Alighieri, Rogelio Bacon, el conde de Saint-Germain, Robespierre, Disraeli y varios personajes más de la última época… ¡Querida, te has enamorado de El Hermano Eterno!

— ¡Oh, Arno; eres adorable! ¿Por dónde empiezo a leer?

— Te daré un tratado para que aprendas a conservarte siempre joven. ¿Te gusta la edad que tienes o quieres saber cómo serás a los treinta años?

Capítulo V

El hombre extraño, vestido de negro, barba y ojos penetrantes, pareció materializarse de la nada, delante de la mesa en donde estaba Christine.

— ¿Quién eres? —preguntó con una voz profunda y grave.

Ella, sobresaltada, alzó la vista.

— Me llamo Christine Hettinger y no está bien que diga que pertenezco a Arno Yidink.

— ¿Dónde está él?

— No lo sé. Salió hace… Bueno, ignoro cuánto tiempo hace. Aquí no parecen transcurrir las horas.

— Arno debió anunciarme que introducía una extraña en «Cima Oriente». Le acusaré de esto.

— ¿Y por qué tenía que anunciarle a usted mi presencia? ¿No puede hacer lo que quiera?

— ¡No! ¡Soy el Señor de las Tinieblas! ¡Mi nombre es Kermon, rey de las Sombras Eternas!

— ¡Vaya, lo ignoraba! Las vestales debieron decírmelo.

— Esas desdichadas se ocultan cada vez que vengo. Y lo mismo debes hacer tú.

— Tranquilícese, señor Kermon —rogó Christine tranquilamente—. No trate de asustarme, porque no lo conseguirá. Ya empiezo a saber lo que es un «Hermano Mayor» y un engendro perturbador…

— ¡Voto a Júpiter tronante! ¿Qué quieres decir, insensata criatura? —rugió el siniestro personaje, pretendiendo fulminar a la joven con la mirada.

— No le tengo miedo. Arno Yidink me ama y yo le correspondo. Si tiene usted más poder que él, me importa muy poco. Ésta es su morada y nadie le ha invitado a venir… ¡Váyase a la oscuridad, si es ése su

reino!

Kermon pareció temblar de ira. Alzó la mano, como para fulminar a Christine, pero se contuvo.

— ¡Todos deben temblar en mi presencia o les sumiré en la oscuridad eterna!

— ¿A quién pretende asustar? La luz que irradia Arno disipará la negrura de sus sombras tenebrosas. Y déjeme seguir leyendo, necesito estar sola.

— ¡Nos volveremos a ver, mujer engreída! ¡Yo haré que Arno te expulse de aquí, o será desposeído de su trono! ¡Lo juro por la imperecedera memoria de mis antepasados!

Dicho esto, Kermon dio media vuelta y se dirigió a la salida, abandonando la biblioteca.

Christine utilizó una puerta secreta, que se descorrió ante el deseo de su mente, y descendió por una escalera, hasta el laboratorio de alquimia, donde estaban Agar y Drima.

— ¿Quién es Kermon? —preguntó Christine.

Las dos vestales, que tenían puesto un guardapolvo lleno de manchas de ácido, se quedaron perplejas.

— ¿Kermon? —preguntó Agar—. ¿Qué sabes de él?

— Acabo de verle en la biblioteca.

— ¡Oh, cielos! Hemos de avisar a Arno. ¿En qué día estamos, Drima?

La aludida cerró los ojos, reflexionó y terminó sacudiendo la cabeza.

— No lo sé. ¿Y si… va a reunirse la «Hermandad»?

— Díselo a Saba. Ella lleva mejor el control cronológico. ¿Qué te ha ocurrido con Kermon, Christine? —añadió Agar mientras su hermana Drima se despojaba del guardapolvos y abandonaba el laboratorio.

— Es un sujeto terrible y me ha amenazado, diciendo que Arno me expulsará de aquí o le destituirá de su puesto… ¡No, ha dicho trono!

— En las reuniones de la «Hermandad Mayor», Arno toma asiento en un trono de fuego.

— ¿De fuego? —se asombró Christine.

Agar sonrió y repuso:

— Sí, pero no se quema. Él es Jefe del Fuego, del Agua, de la Tierra y del Aire. Está por encima de Kermon, que sólo es rey de las Sombras Eternas. Creíamos que no acudiría a esta reunión. La última vez dijo que no le volveríamos a ver más —Agar se quedó pensativa—. Tal vez haya venido preparado con algo nuevo. Hace ciento veinte años que no

le vemos.

— Tengo miedo, Agar. ¿Qué puede ocurrir?

— Nada. Arno le vencerá una vez más. Todos les acatan. La Hermandad la componemos cincuenta y dos hermanos mayores. Somos veintidós mujeres y treinta hombres. Cincuenta apoyamos a Arno.

— ¿Y dónde está Arno?

— Vendrá pronto.

* * *

Efectivamente, aquel mismo día llegó Frank Kohler. Su «air-jet» atravesó la barrera de hielo y se posó sobre la pulimentada superficie, frente a la colina plateada, sobre la que se alzaba el castillo-pirámide.

Habían llegado, ya una treintena de aparatos de todos tipos, que iban desde el cohete iónico hasta el simple avión de turbina mecánica. Todos sus tripulantes, hombres y mujeres ataviados con ropas de distintos países, se hallaban albergados en aposentos para huéspedes, en los pisos altos del palacio.

Saba y Anea, que se encargaban de recibir a los viajeros, acudieron junto al aparato de Franz y le ayudaron a descender.

— Hola, ¿cómo va todo? —preguntó Franz.

— Mal, Arno —replicó Saba—. Kermon ha llegado.

— ¿Sí? Bueno, está en su derecho.

— Ha venido por medios mágicos —añadió Anea.

— ¿De veras? ¿Cómo?

— Se ha teleportado.

— ¡Vaya, eso es peligroso!

— Y ha visto a Christine —agregó Saba—. La ha amenazado.

— ¡Condenado sea Kermon! ¡O se retracta de todo o le fulminaré en la reunión! Voy para allá.

— Nosotras nos quedamos para recibir a los demás. Agar está en el vestíbulo.

— ¿Y Christine?

— Se encuentra en su aposento, esperando tu llegada. Le hemos aconsejado que no salga de allí estando los «Hermanos Mayores» en «Cima Oriente».

— ¡Quiero presentarla en la reunión! —dijo Franz secamente.

Ninguna de las dos vestales replicó.

Franz Kohler fue rápidamente al palacio, saludó a Agar y se dirigió, sin pérdida de tiempo, hacia el aposento de Christine, a la que encontró tendida en su lecho, pensativa y triste. Sin embargo, al verle, la tristeza de la joven desapareció, se levantó impulsivamente y fue a echarse en brazos de él.

— ¡Oh, Franz; me alegro de que hayas vuelto!

Él la abrazó y besó tiernamente. Luego, la sentó a su lado, en una larga butaca forrada de seda.

— ¿Qué has hecho durante mi ausencia?

— Estudiar. Ya sé cómo conservarme bella durante toda mi vida. ¿Te agrada?

— Sí. ¿Has visto a Kermon?

Christine se estremeció y bajó la vista al suelo.

—Sí.

— ¿Qué te ha dicho?

Christine, balbuceante, repitió la conversación que sostuvo con el tenebroso Señor de las Tinieblas. Él la escuchó con atención y, al final, dijo:

— Kermon es un genio maléfico del que no podemos libramos. Pero le daré tal escarmiento que habrá de refugiarse en sus malditas cavernas y no salir jamás de ellas.

»Durante siglos, ese siniestro personaje ha tratado de entorpecer el progreso de la Humanidad y nos ha ocasionado muchos quebrantos. Quisiera que viviéramos aún en la edad de piedra. No acepta el progreso y se opone a todo cuanto tiende a mejorar la raza humana.

»A pesar de ello, nosotros hemos inundado los mundos de luz. Y soy capaz de envolverle en fuego y aniquilarlo, si no fuera por…

— ¿Por qué? —preguntó Christine, cuando él se interrumpió.

— Es mi hermano.

— ¿Tu hermano carnal?

— A medias. Yo soy hijo de Arnotep y Sethan, la sacerdotisa de Isis. Mi padre, sin embargo, conoció a una reina númida, Glatea, y tuvo dos hijos con ella. El primero fue negro y murió; el segundo fue Kermon.

»Mi padre no quería a mi hermanastro, pero tuvo que concederle poderes, porque así lo exigía la ley natural. A mí me hizo hijo de la Luz y a Kermon hijo de las Tinieblas.

— ¿Qué significa eso, Franz?

— Kermon posee poder en la oscuridad y yo en la claridad. Somos el

Día y la Noche. De día, yo le domino y le venzo; él me puede vencer durante la noche. Pero nuestro padre nos inmunizó al uno del otro, con su alta magia, de modo que no me puede causar daño alguno, ni yo a él. En cambio, nos lo podemos hacer dirigiendo nuestros poderes sobre los seres que amamos. Y en ese sentido, yo puedo resultar más perjudicado, puesto que amo a mucha gente, mientras que Kermon no ama a nadie… ¡Ni siquiera se ama a sí mismo!

Christine estaba ya algo habituada al lenguaje de los Iluminados de Abartha, pero aún no conocía bastante sobre los extraordinarios poderes de la alta magia.

—Pero ¿no eres tú el «Hermano Mayor»?

— Sí, del día y la luz. Kermon es de la noche. Pero no te preocupes, porque toda la «Hermandad» está de mi parte. Quiero presentarte a ellos. Nos reuniremos mañana, en el salón sagrado. Haré que Saba coloque un sitial para ti, como Iniciada predilecta. Les propondré tu admisión en la Hermandad.

— ¿No debía ser previamente hermana menor?

— ¡Ya lo eres, querida! ¿Por qué crees que estás aquí?

— Es que… Como no me explicas nada. ¿Cuánto tiempo llevo en «Cima Oriente»?

— Sesenta años.

— ¡Oh! ¿Y qué ha ocurrido afuera?

— Muchas cosas.

— ¿Me creen muerta?

— Sí. Aparentemente, tu «air-jet» sufrió un accidente. De tu cuerpo no encontraron ni vestigios. Pretendieron revisar toda la instalación del Control Internacional de Vuelo, pero yo los disuadí.

Christine se abrazó estrechamente contra Franz.

— Si estoy muerta, ¿qué será de mí?

— Estarás a mi lado. Por eso deseo legalizar tu presencia aquí. Voy a verme obligado a cambiar de personalidad, después de esta reunión. Adoptaré el aspecto de un joven investigador australiano y mi nombre será Gary Berrett, alumno de la Universidad de Sidney. Me espera un brillante porvenir durante bastantes años. ¿Te gustaría venir conmigo?

— ¡Oh, sí, Franz; claro que me gustaría!

Él la besó apasionadamente y luego, mirándole con expresión enamorada, dijo:

— Tú serás la hija de unos emigrantes ingleses, ya muertos, de veinte años, que estudiarás ciencias físicas. Nos conoceremos en la

Universidad y nos casaremos al obtener nuestros títulos. Así empezaremos una nueva vida, humana y digna, en la que destacaremos como sabios de fama universal. Tu nombre será el de Cristina Warren. ¿Te gusta?

— ¿Lo has estado preparando todo, Franz?

— Sí. Lo único que me falta es celebrar la reunión de la «Hermandad Mayor» y conseguir el apoyo de todos para continuar siendo el Hermano Mayor.

— Lo conseguirás, Franz —afirmó ella.

— Así lo espero… ¡Pese a Kermon, con el que no había contado, porque no le esperaba! Pero si se pone intransigente, te aseguro que le obligaré a confundirse.

— Todo saldrá bien, Franz. Yo pediré al Cielo que te ayude.

— Tengo una solución muy buena, Christine.

— ¿Cuál?

— Puedo renunciar a mi puesto. Y si lo hago, podré tener hijos.

Christine no pudo evitar un estremecimiento.

— ¿Es que no podremos…?

— Ya te lo explicaré. Ahora, será mejor que nos bañemos y nos arreglemos para la cena de esta noche. Es protocolaria. Luego, dormiremos y descansaremos para estar bien despejados mañana, en la reunión. Están acudiendo los cerebros más privilegiados y antiguos de la historia de la humanidad.

»¡No te sorprendas cuando te presente a seres que han cambiado el curso de la vida del hombre en la Tierra!

* * *

Cuando Arno y Christine aparecieron en el grandioso salón comedor, donde estaba preparada la mesa del banquete, sin que ningún criado hubiera intervenido en ello, los comensales, hombres y mujeres de todos los aspectos humanos, en su mayoría de edad mediana, se volvieron.

Christine iba vestida como una odalisca y llevaba una rutilante diadema de piedras preciosas en el cabello.

Él vestía un traje ajustado, de seda roja, con muchas piedras engarzadas, y lucía el medallón sobre el pecho. Pero, además, llevaba una estrecha vaina, colgando del cinto, donde escondía un arma de extraordinario poder.

— Hola, Arno —saludó un sujeto alto, que vestía una levita del siglo XIX.

— Hola, Presidente —saludó Arno—. Ésta es Christine Hettinger… Chris, permíteme presentarte al que fue Presidente de los Estados Unidos de América, Abraham Lincoln. Quedó tan identificado con aquella vida que no ha querido volver al mundo exterior y permanece retirado de toda actividad pública en el monasterio de Sang Ting. Hizo una meritísima labor política.

— ¿No murió asesinado? —preguntó Christine.

El Presidente sonrió y dijo:

— Mi cuerpo murió y fui enterrado con todos los honores. Pero yo soy inmortal.

Otros hermanos se acercaron. Christine creyó reconocer algunos rostros eminentemente «históricos».

— Mi buen amigo Gantron —dijo Arno, presentando a otro—. Fue sucesivamente Bruto, el abate Auvery y muchos otros personajes.

Gantron, un joven de correctas facciones, sonrió y estrechó la mano de Christine, diciendo:

— Conocí a tu padre, Chris… Un gran hombre.

En poco tiempo, Christine conoció a muchísimos personajes de la historia. Seres oscuros y anónimos, que a pesar de todo desempeñaron importantes papeles en distintos países; otros habían sido personajes famosos. Y, la mayoría, lo seguían siendo. Banqueros, artistas, políticos, militares, científicos.

A pesar de tantas personas como le presentaron, y por mucho que buscó entre los reunidos, Christine no pudo descubrir a Kermon. Pero sí observó, al extremo de la larga mesa, un lugar vacío.

Inclinándose al oído de Arno, preguntó:

— ¿Dónde está Kermon?

— Se ha quedado en la oscuridad de su aposento. No le gustan estas reuniones luminosas. Seguramente estará tratando de convocar a los espíritus de las tinieblas —Arno Yidink sonrió y besó a Christine en el cuello—. No te inquietes… Todos los que estamos aquí somos amigos tuyos. Serás iniciada.

Un hombre que vestía al estilo moderno, con camisa plateada, de cuello abierto, cabellos rojos, muy rizados, se levantó y alzó su copa de oro, diciendo:

— Hermanos, oídme. Quiero brindar por el salto a las estrellas… Lo tenemos todo preparado para, dentro de unos años, enviar la primera

astronave fotónica a los confines del Universo.

— ¿Quién es? —preguntó Christine, en voz baja, al oído de Arno.

— Derrick.

— ¡Oh!

Aldo Derrick había sido anteriormente Hermann Oberth, el padre de la Astronáutica. Ahora, profesor de Física Espacial por la Universidad de Nueva York, estaba reconocido en todos los mundos habitados del Sistema Planetario como la máxima autoridad en cosmonáutica universal.

— Nuestra meta es Próxima Centauri —continuó diciendo Derrick, sonriente—. La nave «Star-mankind» sobrepasará en tres veces la velocidad de la luz… ¡Nos habremos adelantado al tiempo!

Todos se pusieron en pie, alzando sus copas y brindaron con el científico. Arno Yidink sonreía satisfecho.

— ¿No es maravilloso, Chris? —preguntó.

Capítulo VI

En el palacio secreto de «Cima Oriente» había un salón sagrado que Christine no conocía, situado en lo que podía ser considerado el sótano del lugar, y que sólo se abría cada ciento veinte años, al reunirse la asamblea de los «Hermanos Mayores».

Eran las cinco hijas de Akapton y Karisa, vestales del palacio, las que cuidaban de todo, manteniéndolo en perfecto orden para la celebración de las ceremonias que debían tener lugar allí durante la importante reunión.

El tronó de fuego, por ejemplo, donde se sentaba Arno Yidink, era de un metal rarísimo, que no podía fusionarse. Nadie sabía, ni siquiera los iniciados, cómo fue moldeada aquella pieza extraordinaria, ni de dónde surgía el fuego que envolvía el cuerpo del «Hermano Mayor» durante las ceremonias.

Sin embargo, existía un secreto, y Arno Yidink, junto con otros, lo había recibido del libro sagrado, o «Arkopan» que le fue entregado por su antecesor Vaxpla-Idon, después de su muerte.

Para entrar en el salón sagrado, había una escalera que se iniciaba en el pavimento del vestíbulo, cuyas baldosas formaban parte de una superficie deslizante.

Las escaleras, de piedra negra, conducían directamente a la entrada del salón sagrado, la cual estaba cubierta de pesados cortinajes de terciopelo azul oscuro.

Una vez dentro del salón sagrado, a derecha e izquierda, había dos filas de asientos de piedra gris, con alto respaldo. El pasillo central conducía hasta la escalinata del trono. Había siete escalones y una plataforma superior, en donde estaba el trono de fuego.

Christine Hettinger había escuchado las instrucciones de cuanto debía hacer de labios de Franz Kohler. Así, a la mañana siguiente, salió de su cuarto, después de colocarse la capa negra, de los candidatos a

iniciados, y el medallón con la cruz de Asa sobre el pecho. Afuera la aguardaban las introductoras, Agar y Anea, elegidas como madrinas.

— Échate la capucha sobre el rostro. No tienes que ver a nadie hasta que te ordenen descubrirte —le dijo Agar.

Christine esperó a cubrirse la cabeza cuando estuvo a la entrada del salón sagrado. Entonces, Agar y Anea la tomaron de las manos y la acompañaron por la escalinata.

Christine no pudo ver, pues, al tener el rostro cubierto, a todos los «Hermanos Mayores», sentados en sus sillas de piedra, graves, iluminados por el fuego sagrado del trono que envolvía la erguida figura del «Hermano Eterno».

Arno Yidink, con un impresionante atuendo de ceremonia de origen asirio-caldeo, con ribetes de piedras preciosas, corona en forma de yelmo, de un metal azul, cetro de Hermes Trimegisto, el Primer Adepto, y tabla Esmeraldina en ambas manos, estaba sentado en su trono, envuelto en llamas de luz viva.

Christine y sus dos introductoras avanzaron por el pasillo central, hasta llegar al pie de la escalinata del trono.

— ¡Arrodíllate, mujer! —pareció bramar Arno Yidink—. Eres hermano menor elegida y la «Hermandad Mayor», si nadie se opone, te iluminará para que goces del privilegio de la Inmortalidad, seas reina de la Sabiduría y tu inteligencia sirva al progreso de la raza humana. Pero antes contesta a mis preguntas. ¿Cómo te llamas?

— Christine Hettinger.

— ¿Qué edad tenías cuando te iniciaste como hermana menor?

— Veinticinco años.

— ¿Cuánto tiempo llevas con nosotros?

—Sesenta años.

— ¿Quieres ser Inmortal?

— Sí, quiero.

— Entonces, la «Hermandad Mayor» debe decidir, como es norma entre nosotros, si es que nadie se opone. ¿Hay alguno entre los Hermanos que se oponga a la admisión de esta mujer?

— ¡Yo me opongo! —clamó una voz, en la parte derecha del salón.

Todos los rostros se volvieron hacia Kermon, quien se había puesto en pie, delante de su sitial, envuelto en una capa negra, desde el cuello hasta los pies.

— Me opongo incluso a que Arno Yidink continúe siendo el Hermano Mayor, Jefe del Fuego, El Agua, la Tierra y El Aire. Me

opongo a que la próxima asamblea se celebre en «Cima Oriente». Me opongo a seguir reinando en las tinieblas…

— ¿No te opones a demasiadas cosas, hermano Kermon? —preguntó Arno, sin alterar el tono de su voz, dada la maravillosa acústica del salón sagrado.

— ¡Sí, me opongo a todo lo que signifique seguir actuando caprichosamente, sin beneficio para nadie, y dejando que la humanidad continúe aumentando desordenadamente, sin finalidad preestablecida, sin firmes raíces doctrinales, aferrada a su maligno ateísmo…!

— ¡Basta, Kermon! Centra tu oposición en lo primordial —exigió Arno—. ¿Qué motivos tienes para no aceptar el ingreso de Christine Hettinger en la Hermandad Mayor?

— ¿Qué méritos ha hecho?

— Colaboró con su padre, el profesor Hettinger, después de su muerte, y antes de ella, en la fórmula que permitirá desentrañar los secretos del encadenamiento nuclear del omicrón.

— ¡Bah, los mortales ya honraron a su padre, llevándole al panteón de hombres ilustres de Galli! Ella no ha hecho merecimiento alguno.

— Yo estudié su mente y me agradó, Kermon —replicó Arno—. Quiero elegirla como esposa.

— ¡Me opongo a ello! ¡Tú te debes a más altos deberes, si es que deseas continuar siendo Hermano Mayor, a lo que me opongo, porque traigo conocimientos de Alta Magia, contra los que no podrás combatir!

— Repito que centres tu oposición al ingreso de Christine —exigió Arno—. Es eso lo que tratamos.

— ¡Estoy hablando de ella!

— ¡Mientes, porque me has retado en el único lugar que puedes hacerlo! Pero todos te conocen y me conocen. Tú eres la envidia, Kermon; mientras yo soy la prodigalidad. Tú arrebatas y yo concedo. Y si no alegas nada más importante para oponerte a la admisión de Christine, lo someteré a votación de la asamblea.

— ¡Hazlo y yo la expulsaré después! ¡Es que no me dejas hablar!

— Nos conocemos hace demasiado tiempo, Kermon. Adivino tus propósitos. Primero niegas la admisión de la mujer elegida por mí. Luego tratarás de probar tu alta magia. Pero al final saldrás derrotado de aquí, prometiendo, como siempre, dedicar tu poder para destruir nuestras obras y no volver más.

»Eso es lo que debías hacer, quedarte en tus tinieblas y vivir allí tu envidia y tu sordidez, y no venir aquí a tratar de entorpecer nuestra

labor.

»Pero no importa. Oponte a todo lo que quieras. Nadie te escuchará ni ahora ni nunca. Trata de apagar el fuego que me envuelve y me protege de tu pobre magia y eso convencerá a los Iluminados de tu poder.

— ¡Sí que puedo! —gritó Kermon, exultante de júbilo—. ¡Ahora puedo hacerlo!

Entre todos los reunidos hubo un movimiento de interés, porque el diálogo había llegado a un punto álgido.

— ¿Cómo lo harás, Kermon? Yo soy el señor del Agua, el Aire, la Tierra y el Fuego. ¿Hay algún agente o medio que pueda apagar el fuego?

— Sí, lo hay.

— Demuéstralo, pues. Ahora mismo… ¡Apaga el fuego que voy a encender en el centro de la sala!

Con un gesto de su mano derecha, la que empuñaba el cetro de Hermes, Arno Yidink hizo surgir una llama rojiza en el centro mismo del salón sagrado, como si fuera fuego fatuo de un metro de altura, que brotaba del aire.

Kermon agitó la envoltura negra que le cubría, sacó al aire sus brazos y exclamó:

— ¡Gnomos, silfos, ondinas, unios a las fuerzas de Alpha, en Oriente, y Omega, en Occidente! ¡Agrupad los poderes de Amor, Amacor, Amides, Theodonias y Anitor, para que todos me sean favorables!

»¡Yo os conjuro en nombre de Adonay, Agnios, Otheos, Ischirios, Athanatos, Paracletus, Agna, On y Tetragrammaton, para que llevéis a cabo lo que os pido!

»¡ Apagad ese fuego maldito, destruidlo, lleváoslo de aquí!

La llama que flotaba en el centro del salón languideció y se apagó súbitamente, ante el conjuro de Kermon, quien emitió un grito infrahumano de triunfo, para añadir:

— ¡Vedlo, Arno Yidink! ¡He destruido tu fuego!

— Lo he visto. Todos han podido verlo. Tu magia ha mejorado. ¿Y qué quieres? ¿Que me vaya y te deje mi puesto? ¿Vas tú a sentarte en medio del fuego, como yo, con riesgo de perecer abrasado, tú que has nacido para las tinieblas? ¿Es eso lo que quieres?

— ¡Te exijo que renuncies a tu trono! ¡No necesitamos la luz para la vida! —contestó Kermon con gesto triunfal.

— Nuestro padre te dio el poder en las tinieblas, como a mí me lo

dio en la luz. Tú reinas de noche y yo de día. Eso no puede cambiarlo nadie, hermano… Ni siquiera los espíritus de tu magia negra. Y si es que quieres enviarme a la oscuridad y tú reinar en el fuego, hagámoslo. Te cedo mi trono… ¡Ven aquí y siéntate! ¡Pero si apagas este fuego sagrado, morirás y tu espíritu será maldito hasta la consumación de los siglos!

»¡Ven y siéntate aquí, como yo, Kermon! —terminó Arno, poniéndose en pie, envuelto en llamas agitadas.

— No haré eso —replicó Kermon, en tono menos altivo—. Pero todos han visto cómo he apagado tu fuego.

— ¡Yo te he dejado hacerlo! —replicó Arno—. Si hubiera opuesto mi magia a la tuya, los espíritus que has conjurado se habrían enojado conmigo. Es muy sutil tu ardid, taimado y sucio. Pero ahora conjúralos de nuevo para que apaguen el fuego de tu capa… ¡O perece en medio de las llamas del Rey de la Luz!

Diciendo esto, Arno hizo prender fuego a las ropas de Kermon. Los hermanos mayores que estaban más próximos a él se retiraron apresuradamente, mientras los gritos de terror que surgían de su garganta, invadían el salón sagrado.

— ¡Socorro, auxilio! ¡Me estoy abrasando! ¡Quítame el fuego de encima! ¡Piedad, Arno! ¡No puedo conjurar más! ¡Me abraso!

Kermon había saltado hacia el pasillo central, provocando el terror en todos los que le veían. Se arrojó al suelo y se revolcó, en el paroxismo de la histeria, aullando y pataleando, hasta que su hermano le retiró el fuego, diciendo:

— ¡Aléjate, fuerza ígnea! ¡Déjale que vuelva a las tinieblas de las que no debió salir! ¡Vete, Kermon; huye y no comparezcas más ante nosotros! Hoy te has salvado, porque no hay maldad en mi corazón. Pero en la asamblea próxima, que yo no estaré sentado en este trono, porque voy a renunciar a él para poder tener hijos y perpetuarme de otro modo, el nuevo «Hermano Mayor» no tendrá compasión de ti.

Kermon salió huyendo del salón sagrado, mientras los demás miembros de la asamblea se volvían, sorprendidos, al Jefe del Fuego, que se había vuelto a sentar entre las llamas.

— Sí, hermanos. Esperaba esta reunión para exponer mis deseos de renuncia. Yo no hubiese votado jamás por el Señor de la Oscuridad. Está aquí por derecho natural. Pero la oscuridad fue negada por nuestros antepasados. La luz es verdad, progreso, justicia y ciencia. La oscuridad es muerte, aniquilamiento, atraso, negación y mentira.

»Quiero que uno de vosotros me releve. Necesito liberarme de las continuas ocupaciones de mi cargo, para ser, durante algún tiempo, un científico australiano, llamado Gary Barret. Christine Hettinger, si lo aceptáis, vendrá conmigo y será mi esposa.

»Hasta un Inmortal tiene derecho a enamorarse y compartir su vida, al menos parte de ella, con la mujer que ama. No es mucho pedir. Aquí hay hermanos capacitados para realizar la misión que nos ocupa. He pensado en algunos, y si no tenéis inconveniente, os mencionaré al primero dentro de poco. Pero antes, decidid el ingreso de Christine Hettinger como Iluminada, Adepta e Inmortal, en su primera etapa.

»¿La aceptáis?

— ¡Sí! —contestaron todos los reunidos unánimemente.

— Christine Hettinger, ya has oído la voz de la asamblea. Puedes quitarte la capucha y subir hasta aquí, para que te purifique en el fuego eterno de los Iluminados.

Christine se alzó la capucha. Al levantar la mirada y ver a Arno envuelto en llamas, palideció mortalmente, estando a punto de sufrir un colapso.

Agar la sostuvo y susurró a su oído;

— Sube hacia él. El fuego no te causará daño. No te quemará.

Sin embargo, Christine subió con temor, vacilando en los últimos pasos.

— No temas, Chris —le dijo Arno, sonriendo—. No te ocurrirá nada. El fuego no quema a los que son puros y desean la luz y la verdad. Tu carne no sufrirá ya más.

Ni siquiera desprendía calor la hoguera que llameaba en torno al trono. Christine se acercó y Arno la ungió con la mano llameante, después de haber dejado el cetro y la tabla a un lado, pasándole los dedos por la frente.

— ¡Isis, Ra, Moloch, Ibis, Aton! —gritaron a coro los asambleístas.

— ¡Que los espíritus inmortales te sean propicios, hermana mayor! —añadió Arno.

Y sus llameantes brazos envolvieron a Christine, haciendo surgir llamas de su cabeza, hombros y ropas. Pero ella no sintió más que una inmensa felicidad, junto a. él.

Luego, mientras las llamas se transmitían de él a ella, todos los reunidos entonaron un cántico sagrado, muy antiguo, de palabras incoherentes, cuyos orígenes sólo podían hallarse entre los primitivos hombres de las cavernas, para que Agar y Anea, que habían subido

detrás de Christine, la tomaran de las manos y la acompañaran hasta uno de los sitiales de piedra, donde permaneció sentada y con una llama rosada sobre la cabeza, en forma de halo, durante el resto de la asamblea, como correspondía a los iniciados.

Terminó el cántico de «tulku» primitivo, y Arno habló entonces:

— Ya eres inmortal, Christine Hettinger. Recibe nuestro amor y afecto. Sé bienvenida.

»Y ahora, hermanos, volviendo a lo que os decía, propongo a Gantron para sucederme en el trono de fuego.

El aludido, que no esperaba oír su nombre, se levantó y dijo:

— Pero yo no soy merecedor a ello, Arno.

— Ninguno lo merecemos, Gantron. Pero si todos están de acuerdo, te entregaré el «Arkopan» y conocerás los secretos mayores de nuestra Hermandad sagrada y eterna. ¿Hay alguien que se oponga?

Nadie respondió entre todos los reunidos.

— Acércate, Gantron —añadió Arno—. Ya conoces mis propósitos. Puedes reinar todo el tiempo que quieras. Todos te obedeceremos. Señala el lugar de la próxima asamblea, dentro de ciento veinte años.

— Pero es que yo…

— ¡Gantron, al trono de fuego! —exclamaron todos los reunidos.

Gantron tuvo que abandonar su sitial y dirigirse al trono. Se arrodilló ante Arno, rindiéndole así tributo por su mandato, y luego se acercó al fuego. Los dos hombres se abrazaron. Arno tomó el cetro y la tabla sagrada y se las entregó a Gantron.

— ¡Recibe estos atributos sagrados, Hermano Mayor, y hazte merecedor a ellos! ¡También te ruego que aceptes mi vasallaje!

— Gracias, Arno Yidink. Procuraré hacerme digno de la confianza que habéis puesto en mí. Conservaremos «Cima Oriente» como lugar de reunión y… ¿Qué más puedo deciros, hermanos?

— En el «Arkopan» hallarás escrito todo lo que necesitas saber. Que el cielo te ilumine siempre, Gantron.

— Y a ti te dé toda la felicidad que mereces, Arno.

También se despojó Arno del emblema de «Hermano Mayor», colocándoselo luego al cuello de Gantron.

Toda esta ceremonia se había realizado en medio del fuego.

Gantron se sentó después en el trono y bendijo a Arno, que se arrodilló, antes de retirarse hacia el sitial que había ocupado durante muchos siglos, antes de ser nombrado «Hermano Mayor» de los

Iluminados del Abartha.

— No esperaba esto —habló entonces Gantron—. Al venir aquí, creí que presenciaríamos un nuevo duelo de magia entre Arno y Kermon, como así ha sido, y confiaba presenciar una nueva derrota de ese genio de las sombras.

»Dentro de ciento veinte años, si vuelve Kermon, habré de contender con él. Espero que me ayudéis todos a derrotarle. Y no se me ocurre decir nada más que una cosa: ¡todo continuará como hasta ahora! Se apoyará a Aldo Derrick con todo nuestro esfuerzo, para que la humanidad regrese a las estrellas, de donde procede, y se establezca contacto con las razas de las que venimos todos. Así nos fue ordenado y así será, aunque transcurran millones de siglos.

»Aliviaremos la ignorancia, ayudaremos a la industria, a la técnica y a la ciencia. Trataremos de mejorar aún más las condiciones de vida de los pueblos y seguiremos luchando contra las enfermedades.

¡Lux passim, ut infra, ut supra («Luz aquí y allá, como arriba, como abajo»).

Las últimas palabras de Gantron fueron acogidas con una estruendosa salva de aplausos. Arno, sin dejar de aplaudir, miraba embelesado hacia donde Christine, con su corona de fuego sobre la cabeza, irradiaba maravillosas promesas de felicidad.

«—¡Te quiero, mi vida! —le transmitió su pensamiento a ella.

Y Christine le respondió del mismo modo:

« —¡Y yo a ti te adoro, mi amor eterno!

Capítulo VII

— Debemos estar preparados contra la venganza de Kermon —dijo Arno Yidink, la última noche que permanecieron en «Cima Oriente», tendidos uno junto al otro, en el lecho del gran aposento.

Arno y Christine se habían casado aquel mismo día, en presencia de la «Hermandad Mayor» de los Iluminados, sometiéndose al rito de la sangre, que consistía en hacerse una pequeña incisión en la muñeca izquierda de ambos y mantener juntas las heridas mientras el oficiante, que fue Gantron, vertía sobre ellos el hechizo de las palabras mágicas de un ritual milenario.

Después, se celebró la fiesta mundana, alegre y divertida, como si se tratara de contrayentes mortales.

Las vestales sacaron antiguos instrumentos de música, liras, flautas, cítaras y extrañas trompetas, y los comensales, máximos artistas de la música, interpretaron piezas maravillosas del arte universal.

Luego, al anochecer, los Adeptos empezaron a retirarse a sus aposentos, porque al día siguiente todos debían regresar a sus puntos de origen.

Christine y Arno, después de cumplir con todos sus amigos, se retiraron también a descansar. Una nueva existencia empezaba para ambos, bajo unos auspicios totalmente nuevos. Ella era dichosa en extremo y no le importaba nada de lo que pudiera ocurrir, aunque se decía que todo había de ser bueno.

Era Arno, quien, pese a sus esfuerzos por disimularlo, no podía ocultar su inquietud. Y ella no pasó por alto el estado de ánimo de su esposo.

— Sé que me amas, Franz. Mi razón me lo dice. Yo te correspondo con toda la fuerza de mi corazón. Sin embargo, pareces como distraído. ¿No estarás fatigado?

— Sí, algo. Aunque la fatiga no me afecta nada.

— ¿Qué te ocurre, pues? —insistió ella, acariciándole el rostro.

— No debo tener secretos contigo, ya que, con un poco de concentración, puedes leer mis pensamientos. Estoy preocupado por mi hermano Kermon.

— De él quería hablarte, Franz —dijo Christine, mirándole a los ojos —. Es un aspecto de tu existencia extraordinaria que no acabo de comprender.

Arno Yidink suspiró y se quedó mirando la gran lámpara que pendía del techo.

— Te lo explicaré todo, amor mío. Eres mi esposa, según el rito sagrado de la sangre, y todos mis secretos te pertenecen. Ya te dije que mi padre tuvo dos esposas y numerosos hijos. En la antigua tradición, yo era el primogénito y, por tanto, heredero de la sabiduría de mi padre, que fue iniciado por Isis.

»Pero mi padre fue seducido por los encantos de la madre negra de Kermon, y así nació éste, bajo los más nefastos auspicios. En realidad, fue un pecado de mi padre, que yo no puedo censurar.

»Ya has aprendido que las divinidades se dividen en dos grupos, y ése es el principio general del cosmos: el Bien y el Mal, fuerzas opuestas y antagónicas, que se atraen y se repelen al mismo tiempo.

»Yo fui iniciado por mis preceptores como discípulo de la Luz. Me enseñaron todos los secretos de los Libros Sagrados de la Sabiduría, y me dirigieron hábilmente para que algún día pudiera seguir los pasos de mi padre, en el Templo del Sol.

»Yo tenía quince años cuando nació Kermon. Y mi vida empezó a cambiar desde aquel instante, sintiendo perfectamente, dada mi iniciación ya bastante adelantada, que una fuerza latente se oponía a mis estudios.

»Mi padre, advertido por mis preceptores, invocó a los dioses y obtuvo la respuesta de un oráculo. Pero no me habló de ello hasta pasado mucho tiempo después. Y hasta hubo de renunciar a la vida, pudiendo ser inmortal, como nosotros, para que el maleficio del poder oculto de Kermon no me destruyera.

»Los dioses debieron intervenir entonces. Y unos se pusieron al lado de mi hermano, tratando de sumir el cosmos en las sombras, mientras que otros, a los que ahora represento yo, pugnaron por conservar la luz.

»Esta lucha, en la que todos los seres estamos envueltos desde antes de nacer, no terminará nunca. La entablan dos grandes ejércitos, que se distribuyen por todos los confines del Universo. Es material e inmaterial

a un tiempo. La fuerza ciega de los elementos desencadenados se conjura con salmos y plegarias, acercándola unas veces a la luz y otras alejándola.

»Ésa es la pugna omnipotente y el equilibrio del Todo. Se libran escaramuzas triviales o luchas apocalípticas, tanto en el interior de un simple átomo como en los inmensos confines de las galaxias.

»Esa lucha, de la que todos y todo forma parte, no concluirá jamás, y pobres de nosotros el día en que esto ocurra. Entonces, al desaparecer uno de los contendientes, seamos nosotros o ellos, la Vida dejará de existir, ¡porque es imposible la luz sin oscuridad, o la oscuridad sin luz!

— ¿No puede haber bueno sin malo? —preguntó Christine.

— No, ni alto sin bajo, ni grueso sin delgado. Son fundamentos irreconciliables, pero inseparables. Y ese fabuloso equilibrio se mantiene así desde el principio vital de los tiempos.

»En esas contiendas, unas veces vencen unos y otras, otros. Lo que ahora puede ser un triunfo, que no es tal, se convierte luego en derrota. Y de este modo conservamos el justo equilibrio que nos permite continuar en la palestra.

»Yo he vencido a Kermon hoy. Pero cuando menos lo espere, él puede vencerme a mí. Y ninguno habremos ganado nada. La contienda proseguirá «in eternis» y nada ni nadie puede terminarla.

— Entonces, ¿qué te inquieta?

— Nuestra felicidad, querida. Hace seis mil doscientos sesenta años que nací y es la primera vez que tengo miedo.

— ¿Por mí?

— Sí. Tú eres también luz. Pero más débil que yo. Y Kermon, para dañarme, puede herirte a ti.

— ¡No se atreverá!

— No lo sé. Sabe muy bien que si te hiere, le destruiré sin miramientos. La «Hermandad Mayor» está de mi parte. Nos conocen a ambos y saben que mi poder es mayor, puesto que mi padre, arrepentido de su debilidad, me concedió poderes para poder dominar siempre al Señor de las Tinieblas.

»Por haber nacido antes que él y manteniéndome siempre en continua superación, tengo más conocimientos y más poder, y le domino, derrotándole si trata de atacarme.

»Pero ahora, unido a ti por la sangre y el amor, Kermon sabe que tú eres mi punto débil. Y es posible que trate de atacarme a través de ti.

Christine sonrió dulcemente y le tranquilizó.

— No te preocupes por mí, cariño. Yo valgo muy poco. Me conformo con ser feliz ahora. Y procuraré serlo siempre que pueda, para cuando no lo sea, haber saboreado la miel y poder darte las gracias por todo el bien que me has dado.

»Yo no aspiro a que mi felicidad sea eterna, como nuestras vidas espirituales. Tomo lo que me das y te lo agradezco para siempre.

»No quiero servir para que te destruyan. Tú debes seguir en tu sitio, luchando por la humanidad. Ése es tu destino. Si Kermon me daña para vengarse de ti, no te inquietes. El destino, según dijo Zoroastro, es inevitable. Será lo que deba ser, y no otra cosa. Este presente nos pertenece. Gocémoslo ahora, vivamos intensamente, porque así lo hemos decidido. Soy tuya y tú eres mío. Cuando no lo seamos, el que sobreviva conservará el recuerdo del otro como algo bueno y dichoso, de grata memoria.

— ¡Oh, Christine; cada minuto que paso a tu lado me siento más feliz! Ése es un concepto altruista y generoso del amor. Dar sin esperar nada a cambio. Tu felicidad es la mía. Olvidemos, pues, a Kermon y vivamos el presente.

Diciendo esto, Arno atrajo a su mujer hacia sí y la besó intensamente. Su corazón se inundó de gozo y alegría. La mujer que conoció en el recinto de los muertos le pertenecía por completo. La sentía palpitar en sus brazos, enamorada y llena de vida. La eternidad parecía pertenecerles.

Sin embargo, en las sombras, el odio maléfico iba extendiéndose.

* * *

— ¡He tenido una horrible pesadilla, Arno! —jadeó Christine, a la mañana siguiente, al ser despertada por un beso de él.

— Nuestro cerebro se divide en dos niveles, Christine —dijo él, para tranquilizarla—. En los albores de la humanidad, todo eran sombras y oscuridad. El cerebro estaba invadido de ignorancia y negrura.

»Esa herencia psíquica nos fue transmitida de padres a hijos a través de los cromosomas, cuyo código genético contiene el mensaje cifrado por nuestros desconocidos antepasados, y que se mantiene en «conserva», hasta que el nivel de consciencia supera al de subconsciencia.

— ¿Por qué me dices esto, si lo sé muy bien? —se sorprendió Christine.

— Porque el subconsciente contiene registros terribles del pasado que, mezclados confusamente con inquietudes y temores, «despiertan en tu mente» esas inquietudes inexistentes.

— Lo sé, Arno. Todo eso lo sé. Pero…

— ¡Olvídalo! Tanto si es natural como provocado, debes olvidarlo.

— ¿Quién puede provocarme una alucinación? —preguntó ella.

— ¿Quién? ¡Cualquiera que tenga fuerza psíquica suficiente! ¡Kermon, por ejemplo!

— ¡Oh!

— Él es rey de las Sombras Eternas. Nada le es más fácil que torturar tu mente, inquietarte, obsesionarte y hacerte, incluso, sentirte desdichada. La locura es una especie acusada de oscuridad.

— ¿Y crees que Kermon es capaz de atacarme de ese modo?

— Es muy capaz de intentarlo todo, dando zarpazos a diestro y siniestro, para causarme daño, aunque sea indirectamente. Pero yo no puedo demostrarlo, porque tu subconsciente ni siquiera te pertenece. Sólo me enteraré de los resultados visibles a la luz. Y como encuentre el menor rastro de Kermon en tus pesadillas, ¡lo pasará mal!

— ¡No volveré a tener pesadillas, querido! —exclamó Christine.

Él sonrió y la abrazó, ayudándola a incorporarse del amplio lecho.

— Vamos a darnos un baño. El agua tibia nos fortalecerá. Hoy hemos de emprender nuestro viaje secreto hacia Sidney, iniciando así nuestra nueva existencia mortal. Nada tiene que descubrirnos ante los ojos de los mortales.

»Ahora ya no soy «Hermano Mayor» y podemos dedicar más tiempo a esos trabajos que tanto necesitan los mortales para su desarrollo. Y no supongas que es fácil demostrar a los que se creen sabios que sus teorías están equivocadas.

»En física existen muchos errores. Hombres considerados como sabios no pueden ser desmentidos. Su dignidad se resiente. Creen que tratamos de destruirlos, y luchan por el error con todas sus fuerzas. Los mortales temen perder el bienestar que tanto esfuerzo, según ellos dicen, les ha costado.

»Es muy humano y comprensible. Lo peor es que esos errores impiden el progreso, enlentecen la evolución natural y atrasan considerablemente el descubrimiento de la verdad.

Abrazándose al cuello de Arno, Christine exclamó:

— Estoy segura de que en los próximos cuarenta años, el sabio profesor Gary Berrett destruirá muchos de los mitos levantados por los

falsos físicos.

— ¡Y Cristina Warren será una nueva «Madame» Curie!

* * *

Mientras se peinaba, ante un espejo de plata bruñida, Christine vio difuminarse su rostro, oscurecerse el brillo del metal, y aparecer unas facciones diabólicas, cuyos ojos la miraban aterradoramente.

— Yo también quiero felicitarte, Christine —habló la voz siniestra de Kermon, como saliendo del espejo.

La recién desposada se encontraba demasiado aterrada para poder reaccionar, y menos articular palabra. Ni siquiera se le ocurrió llamar a Arno, quien se encontraba en el piso inferior, disponiendo el desayuno, con las vestales.

Una risa sardónica brotó de los oscuros labios del engendro aparecido en el espejo.

— Tuve que irme y no asistí a la ceremonia. Me enteré después, ya en mis dominios. Y anoche, los largos tentáculos de mi mente llegaron hasta los tuyos.

— ¡Desaparece, monstruo! ¡No puedes aparecer en la luz!

— ¡Claro que puedo! ¡Y hasta podría perturbar tu celebro, pero no es ése mi propósito! Tú no me interesas, Christine Hettinger. Yo quiero el aniquilamiento de Arno… ¡Deseo que muera y que abandone este mundo de una vez para siempre, porque aquí no tenemos cabida los dos!

»Tiene que irse, y tú me ayudarás a lograrlo. ¿Verdad que lo harás, preciosa criatura?

— ¡No! —exclamó Christine.

— Entonces, tus sufrimientos serán indecibles. ¿Ves este semblante que te mira? ¿Te parece horrendo? ¡No, no soy yo; Christine Hettinger! ¡Eres tú! ¡Aquí no hay nadie más que tú! ¡Estás delante de un espejo, a la luz radiante del día! ¡Es tu rostro! Y así terminará viéndote también Arno.

Christine quiso ponerse en pie. Pero las horrendas facciones, cada segundo más diabólicas y espantosas, la tenían como hipnotizada. Y lo peor era que en tan monstruosos rasgos se confundían sus propias facciones.

— ¿Lo ves? —continuó diciendo la voz de Kermon—. ¡Ésta eres tú! ¡Así te verás pronto, y yo lo sé!

— ¡No, quieres volverme loca!

— ¡Y Arno te aborrecerá, porque no hay ningún hombre que ame a una mujer con facciones de bruja maldita! ¡Ja, ja, ja! ¡Ésta es mi venganza! ¡Tu piel, como atacada por el vitriolo, se agrietará y saldrá la sangre y el pus!

Christine asió un tarro de pomada y lo estrelló contra el espejo. La espantosa imagen quedó borrada por la crema, que se extendió sobre la pulimentada superficie, pero la risa de Kermon continuó brotando de alguna parte e hiriendo sus oídos.

Ella logró levantarse y echar a correr hacia la puerta, saliendo al pasillo, a la vez que lanzaba grandes gritos.

— ¡Arno…! ¡Franz! ¡Esposo mío!

Él apareció en la entrada del salón, seguido de Agar.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Kermon! —chilló Christine—. ¡Se me ha aparecido en el espejo, mientras me arreglaba!

Corriendo, ella fue a echarse en los brazos de él.

— ¡Mírame a la cara, Arno! ¡Mírame tú también, Agar! ¿Qué veis en mi rostro?

— Nada… Estás pálida y excitada.

— ¡Ese demonio ha hecho aparecer un semblante horripilante en el espejo y ha dicho que era el mío!

Arno y Agar se miraron. Él apretó a su esposa contra el pecho y dijo:

— Tranquilízate. Agar te traerá un espejo y verás que tu rostro sigue siendo tan bello como siempre. Ese sucio truco de Kermon es viejo como la historia.

Efectivamente, Agar trajo un espejo y se lo mostró a la trémula y asustada Christine, la cual vio sus auténticas facciones reflejadas en el cristal azogado.

Sin embargo, sus espasmos y sollozos no sé calmaron, a pesar de verse tal y como era.

— ¡Me he visto de un modo fantástico! ¡He creído ser la mujer más fea del mundo!

— ¿Fea tú? —le preguntó Arno—. ¡Oh, por Dios; eres la más bella de las criaturas humanas! Díselo, Agar. Tú eres mujer y bonita.

— Sí, Christine. Tu esposo no te miente.

— ¡No quiero volver a verme así, Arno!

— Estoy seguro de que Kermon juega con tus sentidos, querida.

Debes dominarte y no hacerle caso.

— No puedo… Pero me esforzaré. No has debido dejarme sola ni un instante. En tu presencia, nada hubiera ocurrido.

— Está bien. Vamos a desayunar. Luego, emprenderemos el viaje. ¿Te sientes mejor?

Los brazos de él, en torno a sus hombros, parecían tranquilizarla. Pero en su mente quedaron vestigios de la visión y de la pesadilla sufrida durante la noche.

Cuando abandonaban el castillo-pirámide, horas después, acompañados por las cinco vestales hijas de Akapton y Karisa, para subir a un moderno electroplano, que les esperaba en la pista, Arno comentó:

— Aquí, en «Cima Oriente», la fuerza de Kermon es grande. Esta montaña es sagrada. Una vez estemos en Sidney, lejos de él, no nos perturbará tanto.

Pero si osa atacarte de nuevo, se las verá conmigo.

— Haré que mi mente le resista, Arno —dijo Christine—. Debo ser digna de ti.

Las vestales besaron y abrazaron a Christine y luego la ayudaron a subir al electroplano.

— ¡Adiós y buena suerte! —dijeron todas.

Capítulo VIII

Todo cambió con su primera vuelta a la vida. Christine encontró un mundo notablemente cambiado. El programa de repoblación forestal se había llevado casi a término y se había iniciado la canalización de las corrientes fluviales, donde el agua limpia y transparente de las montañas discurría hacia el mar por canales de cemento y hierro.

Era mucho lo que se había hecho sesenta años atrás, cuando ella dejó su casa de Bonn para ser conducida a «Cima Oriente». Pero la labor efectuada en poblaciones y medios rurales durante su ausencia era notabilísima.

El gran desierto australiano, por ejemplo, era una inmensa sábana de verdor. África, que en siglos anteriores había sufrido los más duros ataques ecológicos, reverdecía de nuevo con ímpetu. Y la península arábiga, desértica desde la más remota Antigüedad, era ahora uno de los vergeles más ubérrimos del globo.

Todo aquello pudieron contemplarlo desde el aire, a bordo del electroplano, que utilizaron como vehículo para pasar la luna de miel. Los métodos de Control de Vuelo Internacional habían cambiado también, gracias a las ondas de refracción magnética, que impedían la colisión entre dos aparatos en vuelo. Además, la navegación aérea, en el 2260, había quedado muy reducida gracias a la seguridad y rapidez de las grandes líneas de transporte subterráneo y submarino.

La conquista de las profundidades marinas había caracterizado el avance del último siglo. Atlántica, la enorme ciudad sumergida y creada en medio del océano, había atraído a mucha gente, que amaba la belleza de la luz filtrada por las aguas.

Christine, antes de iniciar su nueva existencia de «estudiante» de ciencias físicas, en la Universidad de Sidney, rogó a Arno que la llevase a conocer todas aquellas maravillas.

— Desde luego, pensaba hacerlo —afirmó él, abrazándola en el

interior del confortable y amplio electroplano—. Por si lo ignoras, dado tu prolongado encierro dedicada al estudio, apenas si existen vehículos terrestres, como antes.

— ¡Eso he notado! Quería preguntarte dónde están las grandes carreteras radiales.

— Han sido destruidas para devolver al paisaje su fisonomía. Ahora sólo se viaja por el aire, por el mar y bajo tierra. Este aparato, dada su estanqueidad y su sistema de propulsión antimagnético, puede navegar también en inmersión, bajo los mares. Posee autonomía para llegar a la Luna y no necesita repostar. Sus baterías se recargan continuamente.

—¡Oh, eso es formidable, Arno!

— Aprende a llamarme Gary. Así habremos de «conocemos» pronto. Tengo preparados todos tus papeles. Te los daré al separarnos, poco antes de llegar a nuestro destino.

Estuvieron en Nueva York, el inmenso enjambre colgante, medio terrestre, medio submarina, y admiraron lo que la megápoli americana había crecido, tanto en altura como en profundidad, bajo el suelo.

Se alojaron en el más moderno hotel del mundo, donde la servidumbre eran robots, y donde podían encontrar los adelantos más refinados, como habitaciones «tropicales», salas de espectáculos maravillosas y unas distracciones, de tipo psíquico, como nadie había podido imaginar.

Después visitaron la moderna ciudad sumergida de Atlántida, y recorrieron los fondos marinos, pudiendo admirar los restos restaurados de la que había sido, milenios atrás, la famosa población antigua del mismo nombre, con sus templos de oro y mármol, erigidos en honor de dioses desconocidos.

Como jóvenes ávidos de conocer mundo, se admiraron de todo cuanto contemplaban sus ojos, gozando de una vida que parecía tener un significado nuevo para ellos. Y en cierto modo era así, porque el prisma de sus vidas lo atravesaban líneas de luz rosada y romántica.

Nueva York, Berlín, Moscú, El Cairo, en un interminable caleidoscopio de escenas diferentes, de vida exuberante y plácida.

En todas partes se presentaban como el señor y la señora Garten. Pagaban con generosidad, adquirían cosas que luego trasladarían a su futuro hogar, y que se llevaban en el electroplano, y en ninguna parte, durante aquel azaroso viaje, sufrieron contrariedades ni sobresaltos.

Kermon, incluso, parecía haberse olvidado de ellos.

— No he vuelto a tener visiones ni pesadillas —observó un día

Christine, mientras se hallaban en un hotel de África Central.

— Mejor. No debe ser fácil para Kermon establecer contacto con nosotros, yendo de un lugar a otro.

— ¿No habrá desistido de su empeño?

— ¡Oh, qué poco conoces a mi hermano! Estará tramando algo en sus tinieblas. Aunque creo que dejará pasar algún tiempo.

— ¿Y si lo hace?

— Que se atenga a las consecuencias. Él lo sabe. La contienda entre nuestros bandos no ha terminado, ni terminará jamás. Pero yo no me dejaré sorprender.

— Espero tener fuerzas para dominarme, cuando llegue ese temido momento.

— Yo estaré contigo. No temas —prometió él.

* * *

Al fin, decidieron adoptar su nueva personalidad. Para ello, se separaron en París. Desde allí, cada uno, con su documentación arreglada, se trasladarían a Sidney. Sabían perfectamente lo que debían hacer en todo momento, hasta que se volvieran a encontrar.

Cristina Warren era «huérfana», tenía veinte años y, al «morir» sus padres, había decidido emigrar a Australia. Esto fue precisamente lo que hizo. Un asesor bancario, «amigo» de su familia, la informó ampliamente y se cuidó de atender sus propiedades. Le entregó una fuerte suma de dinero, y el resto se encargó de transferirlo a Sidney, a su nuevo nombre.

Aquel individuo actuaba legalmente e ignoraba la verdadera identidad de Cristina, a la que deseó suerte en su nueva patria, extendiéndole una carta de recomendación para su delegado.

Ella no tuvo, pues, más que tomar el electrobús de una gran compañía de transportes y en veinticinco minutos se trasladó a la fabulosa capital del continente australiano. En la terminal, donde llegaban y salían cientos de aparatos por hora, una organización perfecta daba salida a los miles de pasajeros, que se controlaban electrónicamente, y los situaba en las paradas de transporte subterráneo.

Cristina tenía reservado alojamiento. Una vez en él, empezó a disponer sus cosas. Estableció contacto por videofonía, con el delegado de su asesor bancario, quien, ante la cuantía de su giro, trató de

invitarla a cenar aquella noche.

Ella rehusó amablemente, diciendo:

— Lo siento, señor Marith. Pero no puedo asistir a fiestas sociales. Me he impuesto una austeridad especial en recuerdo de mis padres. Sólo me interesa empezar a estudiar cuanto antes.

—¡Mañana mismo! —declaró el delegado—. Estoy muy, relacionado con los medios universitarios.

Cristina quería reunirse cuanto antes con Arno. Sabía exactamente cuándo iba a ser esto y contaba las horas con ansiedad.

Sin embargo, algo iba a interponerse entre ella y él. Y todo se inició con la visita de un extraño personaje, que se presentó a sí mismo como Oficial de Reglamentación.

Aquel hombre, delgado y grave, que vestía de modo discreto al gusto de la época, llamó al timbre de su apartamiento. Cristina, que se disponía a salir, abrió la puerta y preguntó:

— ¿En qué puedo servirle, señor?

— Es usted Cristina Warren, ¿verdad?

— Sí. ¿Y usted quién es?

— Soy el Oficial Deimor, del Control de Reglamentación. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

— Sí, por supuesto —respondió Cristina—. Solicité residencia aquí.

— Exactamente. Usted nació en Inglaterra y estaba en París, estudiando Ciencias Físicas.

— Pase, oficial. Tenga la bondad de sentarse. Yo creí que todo estaba resuelto.

— Sí, lo está. Aunque hay una ligera anomalía —dijo el hombre, entrando en el apartamiento y mirando con atención en derredor.

— ¿Anomalía?

— Bueno, tal vez sea una coincidencia. No ignora usted que nosotros nos encargamos de identificar a todos los que cambian de residencia de un país a otro.

— Pero ¡si ya no hay países!

Deimor esbozó una sonrisa.

— Se equivoca. Los países existen. Y los métodos de identificación son casi idénticos a los de hace siglos. No se ha descubierto nada más individual y personal que las huellas dactilares.

— ¡Oh, qué absurdo! Si vivo es que soy ciudadana del mundo.

— Innegable, señorita —replicó Deimor—. Pero mientras que no hay

nada que la impida trasladar su residencia de un lugar a otro, sí lo hay en cuanto a usurpación de personalidad. Y ése es el caso que vengo a tratar. ¿Es usted o no es Cristina Warren?

— ¡Por supuesto que sí! —exclamó ella, empezando a inquietarse, pensando si Arno habría cometido un error en la documentación que le facilitó.

El oficial Deimor sacó una placa magnética de reproducciones y aplicó su lente luminosa en ella.

— Aquí está lo raro. Según el control dactidoscópico, sus huellas corresponden a las de una mujer de veinticinco años, llamada Christine Hettinger, que murió a principios de siglo en un accidente aéreo.

— ¡Pero eso es absurdo! ¡Yo tengo veinte años!

— Así parece, sin duda. La mujer de que le hablo debía tener ahora ochenta y cinco años. Pero sus huellas dactilares son exactamente iguales. Y eso, señorita Warren, es bastante raro.

— ¡Pero no es culpa mía!

— No, por supuesto. La naturaleza es mucho más complicada de lo que nosotros creemos. Por tanto, dado el caso de duplicidad de identificación, nos vemos precisados a investigar a fondo el asunto hasta averiguar si…

— ¿Qué es lo que suponen ustedes? —exclamó Cristina.

— Personalmente, no suponemos nada, señorita. Es un caso raro. Pero, para complicar las cosas, hay una denuncia contra usted.

— ¿Una denuncia? ¿De qué me acusan?

Deimor miró fijamente a Cristina antes de hablar. Y lo hizo, al parecer, con renuncia:

— El caso es grave, créame. La denuncia dice que Christine Hettinger fue secuestrada y muerta para dar vida a otra persona… ¡que debe de ser usted!

— ¡Monstruoso! —exclamó Cristina, palideciendo—. ¿A quién se le ha ocurrido esa barbaridad?

— No es posible decirlo. Lo sabrá usted si la investigación demuestra la verdad de la denuncia. Entonces, será juzgada y conocerá todo lo ocurrido. Mientras, sintiéndolo mucho, tiene usted que acompañarme al Control de Reglamentación.

— ¿Estoy detenida?

— Pues… En cierto modo, sí. No puede ponerse en contacto con nadie y no podrá salir a la calle. Pero gozará usted de toda clase de privilegios con cargo al municipio.

— ¡Tengo que hablar con mi asesor bancario y consejero! —exclamó Cristina.

— Lo siento. Si opone usted resistencia, acudirá la fuerza pública. Están fuera, esperando en un vehículo oficial. No nos gusta actuar públicamente. Por eso recurrimos a la discreción. Sin embargo, si me obliga a ello…

La mente de Cristina recurrió inmediatamente al mensaje telepático, sometiéndose a las exigencias de Deimor, pero ensayando todos los procedimientos psíquicos aprendidos en «Cima Oriente», mientras, sumisamente, acompañaba al oficial hasta un pequeño electromóvil de dos plazas.

Al salir a la calle, Cristina vio el vehículo de la fuerza pública estacionado en una esquina. Luego, le vio seguirles a prudente distancia.

—Estoy seguro de que se trata de un error y todo quedará solucionado —iba diciendo Deimor—. Yo no creo en brujerías medievales, ¿comprende? Además, usted posee una cuantiosa fortuna, heredada de sus padres. Se demostrará que todo es cierto y la denuncia falsa. La gente que posee dinero tiene muchos enemigos. Hay recompensas si se prueba su culpabilidad.

— ¡Pero qué culpa ni qué tontería! ¡Cuando esa mujer desapareció, yo no había nacido aún!

— Sí, lógicamente, así es. Sin embargo, la denuncia es concreta y específica.

»¡Por favor, Arno ayúdame! —suplicaba Cristina, mentalmente, recurriendo a toda su intensidad psíquica—. ¿Por qué no me contestas? ¿Dónde estás?

* * *

Arno Yidink no podía contestar, por encontrarse en el interior de una impresionante celda metálica, en el Control de Reglamentación, a treinta y cinco metros de profundidad, bajo tierra y rodeado de agua magnetizada, considerado como un enemigo público especial.

Arno había sido detenido nada más llegar a Sidney, cuatro días antes. La fuerza pública le arrestó a la salida del aeropuerto.

— ¿Gary Berrett? —le preguntaron, rodeándole.

— Sí, ¿qué ocurre, oficial?

— Está usted arrestado.

— ¿Eh, cómo dice? ¿De qué me acusan?

— Fraude, robo, homicidio, magia y ocultismo.

— ¡Pero…!

— No oponga resistencia o será peor. Tenemos órdenes de ejecución inmediata si pone algún impedimento a nuestra actuación.

— ¡Están locos! ¡Todo eso que dicen es falso! ¿Quién ha urdido esta patraña contra mí?

Evidentemente, el oficial de la fuerza pública debía estar aleccionado, puesto que extrajo un instrumento, cuyo sonido estridente se hizo rápidamente inaudible. Los agentes, protegidos, no sintieron el menor efecto. Pero Arno se tambaleó, aturdido y anulada su voluntad por la tremenda fuerza acústica del instrumento.

Antes de que el detenido pudiera reaccionar, los agentes se lo llevaron hacia un vehículo oficial, en el que lo trasladaron a toda velocidad al Control de Reglamentación, donde fue sometido a un examen electropsíquico.

Lo que vieron los jefes en aquel escrutinio les indicó que Arno debía ser considerado extremadamente peligroso, y por esta razón fue encerrado en la celda subterránea y antimagnética.

En una ficha, una máquina electrónica anotó:

«Telépata hiperpsíquico, emisor y receptor mental. Extraordinaria capacidad intelectual. Ser poco común. »

Arno salió de su aturdimiento cuando se encontró tendido en la litera, dentro de la celda. Y lo primero que trató de hacer fue establecer contacto mental con Christine. Como no lo consiguió, llamó al «Hermano Mayor» Gantron. Pero obtuvo el mismo resultado.

Entonces empezó a pensar en si todo aquello no obedecía a una argucia de Kermon, que utilizaba la fuerza pública y el Control de Reglamentación para inutilizarle.

¿Por qué no respondía nadie a sus llamadas? ¿Dónde le habían metido? ¿Qué habían hecho con él para lograr encerrarle de aquel modo? Y lo peor fue que todo cuanto hizo para tratar de hablar con sus guardianes resultó inútil. Ni siquiera le dieron alimentos.

A los cuatro días, Arno estaba seguro de que Kermon le había vencido… ¡Y hasta llegó a pensar si no estaba sepultado en vida!

Capítulo IX

Arno Yidink sabía que ni los más recios muros podían oponerse a la magia llamada «del Sol y la Luna», por los iniciados.

Para realizar el conjuro y convocar ante sí la presencia del espíritu de su padre, muerto tantos siglos atrás, debía primero ejercer un exorcismo sobre sí mismo, para lo cual estuvo más de veinticuatro horas concentrándose. Luego, en estado de profundo trance autohipnótico —¡una de las prácticas más peligrosas del «yogui-rata» tibetano!— trazó el círculo sagrado en el suelo, utilizando para ello su propia sangre, que hizo manar por una incisión practicada en el dedo corazón de la mano derecha, aunque hubiera sido mejor invocar los espíritus con salpicaduras de agua lustral.

— ¡Oh, Karakaza, Poderoso Señor del Trueno; oh, Kore, Amatiel y Komisokoz, ministros de la Turba Suprema del Bien y el Mal! ¡Yo os invoco en el aciago instante de mi aherrojación infame! —invocó.

»¡Acude a mí, Sushamma, Ida, Pingala, y sedme propicios en la prueba decisiva de mi destino sombrío, cuando estoy al borde de la oscuridad eterna y maligna!

»¡Asimismo, la fuerza abismal de Kundalini o el Fuego Serpiente, Hermano Superior Eterno de la Gran Tradición esotérica, Genio Maravilloso de la Luz diasporal, hacedla venir del incontenible impulso de Mitraton, el ángel propicio, para que los Divinos Maestros de Abartha no echen a faltar a este servidor vuestro, hijo de Arnotep, el Sumo Sacerdote a quien invoco y conjuro para que venga a mi presencia sin tardanza!

»¡Venid, padre, en esta hora negra y maligna, a la que sólo vuestro desleal hijo ha podido llevarme, y cuyos conjuros prometiste desterrar de mi existencia, si es que mi hora final no ha llegado ya!

Postrado y de rodillas, con los brazos en cruz, erguida la cabeza y recto el tronco, Arno Yidink realizó el ritual de la conjura esotérica, y

no tardó en ver materializarse la inconfundible figura de su padre, que se presentó ante él medio fluido, medio etéreo, vistiendo el ropaje dorado de los Sumos Sacerdotes de Isis.

— Padre… ¡Piedad!

— Aquí estoy, Arno. Y veo, apenado, que te encuentras en difícil situación. —La voz del aparecido no era audible. Sólo los sentidos psíquicos podían captarla—. ¿Qué te ocurre?

— Eso deseo saber, padre. Tú, que tienes el poder del pasado, el presente y el futuro, debes saberlo mejor que yo.

El «espectro» afirmó con la cabeza y repuso:

— Estás encerrado en una celda de seguridad.

Kermon ha preparado esto, abusando de la ignorancia de las autoridades. Es así. Ahora, la ley simple de los hombres te ha dominado. ¿Cómo ha podido ocurrir, hijo mío?

— Lo siento. Creo haber menospreciado a Kermon. Sólo pienso en Christine y eso me ha hecho abandonar la guardia.

— Sabio es quien reconoce sus defectos. La mujer ciega al hombre, hijo mío. Y tu hermano te ha golpeado fuerte. Debiste suponerlo. Yo no puedo ayudarte contra él.

— ¡No quiero que me ayudes contra él, padre mío! ¡Infórmame y dime sólo cómo salir de aquí, burlando las precauciones de los mortales!

— Eso es destruir los planes de Kermon, Arno.

— ¿Y qué? Él ha recurrido a los hombres, como si no fuese espíritu fuerte y suficiente.

— No, no lo es. Así está escrito. Para él, todas las armas son lícitas; no así para ti.

— ¿Y mi descendencia, padre? ¿Vas a sacrificarla también?

— ¡Pobre hijo primogénito mío! —exclamó el espíritu de Arnotep, tristemente—. Ya una vez renuncié a la vida por vosotros. Ahora me pides que falte a mi juramento espiritual. ¿Es que no tienes medios para librarte de tu encierro y librar también a tu mujer?

Arno dio un salto y se puso en pie.

— ¿Está encerrada también ella?

— Sí, Arno. Cerca de ti. Un muro de acero, agua magnética y tierra os separa. Ella ha tratado de hablarte, pero los gritos de su mente no te alcanzan.

— ¡Aplastaré a Kermon!

— Y yo sufriré en el Más Allá, Arno —repuso Arnotep—. Pero si ésa es la voluntad suprema, la acataré. Tu poder es igual que el de tu hermano. Sólo que él se ha aprovechado de tu descuido. La acusación que ha lanzado sobre ti es falsa, pero ha persuadido a los jefes de la fuerza pública de que representas un poder maligno.

»Esos hombres le han creído porque ha turbado sus mentes con magia negra que te atribuye a ti. Ha causado muertes horrendas en seres inocentes, para atribuírtelo; ha robado, estafado y mentido.

»Para neutralizar a Christine, ha recurrido a una simple denuncia, complicándola en tu magia de reencarnación, y ha informado al Control de Reglamentación de que tú la has tenido secuestrada durante sesenta años, muerta, y la has revivido en otra mujer. El gabinete de dactiloscopia ha encontrado las huellas dactilares de Christine Hettinger y ha comprobado que son las mismas de Cristina Warren.

— ¡Ese demonio de Kermon está utilizando la verdad para confundir a los mortales, padre! ¡Eso es inicuo! ¡Además, debe ser castigado y expulsado de la «Hermandad Mayor», por revelar secretos de Abartha!

— No lo ignoro, hijo. Si el «Hermano Mayor» Gantron se entera, le destruirá públicamente. Pero él puede hacerlo y yo no. Es mi hijo.

— ¡Es una serpiente maligna que debemos exterminar entre todos, padre mío! ¡Avisa al menos a Gantron o a las vestales de «Cima Oriente»!

— No puedo, Arno. Ya he hecho bastante por ti. Ésta es tu lucha, la eterna contienda entre el bien y el mal, la luz y la sombra. Y, a pesar de saber quién será el vencedor, nada puedo hacer ni decir.

— ¡No te vayas, padre! —exclamó Arno, viendo esfumarse la transparente imagen de su padre.

— Adiós… Lucha… Tus armas son mejores…

* * *

Arno no esperaba el resultado que obtuvo. El poder de su mente, concentrado en sus ojos, como un dardo de intenso fuego desintegrador, empezó a fundir el acero de su prisión subterránea.

Había recurrido a este medio, después de sopesar cuidadosamente los pros y los contras. Iba a revelar a bastantes hombres un misterio que los humanos no comprenderían. El terror les sacudiría con violencia, cuando se dieran cuenta los agentes de la fuerza pública que le tenían encerrado como hechicero, ladrón y homicida peligroso, de que algo en

él era capaz de fundir el hierro.

Arno podría justificarse delante de Gantron, si le pedía cuentas. Confiaba poder convencerlo.

Pero no estaba tan seguro de lograr su propósito, a pesar del esfuerzo a que sometió su mente, lanzando todo el poder desintegrante que logró reunir.

Y durante diez minutos, como si sus ojos fueran poderosos sopletes, estuvo horadando el acero, hasta que el agua opuso resistencia al fuego, tratando de apagarlo. Arno sintió un desmayo. No había caído él en la capa de agua que protegía la celda subterránea.

Por fortuna, era Señor del Fuego, el Agua, la Tierra y el Aire por derecho propio, mientras estuviese en este mundo. Y su conjuro fue directamente a separar el agua del hierro, metal innoble que su poder debía fundir fácilmente.

Al fin se dio cuenta exacta del lugar en que se encontraba. Dominó los elementos, quedando casi exhausto y agotado, pero practicó un agujero que le llevó directamente hasta otra plancha de acero, tras la que captó una presencia amada.

¡Y Christine también recibió entonces el primer mensaje de él!

« —¡Pronto estaré a tu lado! ¡No hay materia que pueda separarnos, querida! »

El fluido mental de ella le alcanzó inmediatamente.

«—¿Dónde estás, Arno, vida mía?

« —Cerca de ti. No nos separa ni un metro de distancia. No te alarmes y apártate del fuego, cuando surja del muro.

A través del boquete, recurriendo a toda su energía lumínica, gracias al acumulador sensorial de su capacidad mental, Arno llegó hasta el muro de acero, no sin antes congelar el agua con aquel portentoso e increíble alarde de fuerza ultramental.

¿Cómo obtenía Arno aquella energía?

Esto era consustancial a su propia existencia. Durante seis mil doscientos sesenta años, su capacidad física había ido acumulando energía para desarrollar un dominio superior. Capaz de dominar los elementos, doblegándolos a su voluntad, extraía de ellos el vigor que su mente transformaba en energía. La fuente era natural. Los orígenes eran extraordinarios, como todo cuanto emanaba de él y su existencia. Pero jamás se había visto en la necesidad de recurrir a tales extremos.

Por esto, ahora se sentía un tanto agotado. Utilizaba un medio casi desconocido para él, pero triunfó gracias a su tenacidad, tesón y

firmeza.

Y, al fin, la plancha de acero, segada por el potente fuego que dirigió sobre ella, le permitió introducirse en la celda de Christine, dejando tras sí un agujero cuya visión debía aterrar a los agentes de la fuerza pública, quienes sabían muy bien que Arno carecía de medios físicos para abrir aquel agujero.

Se abrazaron ambos con fuerza. Christine exclamó:

— ¡Cuánto te he echado de menos, mi vida! ¡Si no llego a captar tu llamada, habría enloquecido! ¡Las pesadillas han sido terribles, pero las he dominado! Comprendí inmediatamente que esto era obra de Kermon.

— Y lo es, cielo mío. He tenido que invocar a mi padre. Y él me lo ha confirmado.

— ¿De veras?

— Sí. Pero dejémosle. Lo importante es salir de aquí. Ahora, esos hombres van a tener dificultades para abrir las puertas. Creo que les he roto los mecanismos. La alarma está sonando arriba, pero no son capaces de subirnos a la superficie.

Christine, cuyo temor se había disipado estando con su esposo, sonrió:

— No me importa permanecer siempre aquí encerrada, contigo.

— ¡A Kermon le agradaría eso! Pero la lucha está entablada ahora encarnizadamente. Mi padre conoce al vencedor y no ha querido revelarme el nombre. Me ha orientado, sin embargo, diciéndome que debo luchar.

»Me duele tener que confesar mi extraordinario poder, porque entre los mortales estas cosas sorprenden mucho. Pero no hay más remedio.

Arno se apartó de Christine para pegar el oído al muro y tratar de percibir algo que las moléculas de la tierra y el acero debían llevar hasta él.

— Los resortes electrónicos que accionan estas celdas se han quemado. Están tratando de repararlos para subirnos a la superficie. Pero han colocado cientos de agentes armados con pulsadores ultrasónicos, para aturdimos. Estoy seguro de que Kermon suplanta a alguno de los jefes de la fuerza pública. Y en cuanto salga y le vea le reconoceré.

— ¿Si está disfrazado como otro hombre, cómo podrás saber…?

— ¡Conozco a mi hermano por el poder de su mente! ¡Y estoy seguro de que se encuentra cerca!

— Yo te ayudaré a destruirle, Arno.

— Gracias, amor. Poco puedes hacer, pero te agradezco el ofrecimiento. Si estuviésemos arriba, llamaría a Gantron.

Tuvieron que esperar bastantes horas. Al fin, se produjo un desprendimiento de tierra y asomó la primera punta de sonda. Un sutil gas somnífero, cuyo aspecto hizo retroceder a Arno, retirándose hacia el rincón y llevándose a Christine, surgió por el agujero.

— ¡Tratan de dormirnos! —exclamó Arno—. Formaré una barrera molecular en tomo a nosotros. No temas. Poseo ciertos trucos que Kermon ignora. Cuando nos crean dormidos, nos elevarán, nos sacarán y nos encerrarán en otro lugar, o tal vez nos destruyan.

»Cada vez estoy más convencido de que es Kermon quien dirige esta operación.

El gas fue invadiendo la celda, pero Christine observó que en tomo a donde ellos se encontraban, se habían ido formando como una capa aislante invisible, que les protegía de la invasión del gas.

— Haga lo que haga, Kermon será derrotado —dijo Arno.

Cuando la celda estuvo totalmente llena, y el gas pasó incluso a celda contigua, a través del agujero practicado por Arno, un leve chirrido se dejó oír en el exterior. Se movió toda la celda y hasta penetró bastante agua en su interior, al desplazarse y romperse el hielo protector que estableció Arno para impedir la inundación del habitáculo.

Luego, la puerta se abrió y un compacto grupo de agentes armados apareció en la puerta, como disponiéndose a emplear sus armas contra los detenidos.

Arno hizo agitarse las moléculas de gas somnífero que lo invadían casi todo, lanzándolas sobre los agentes. Al mismo tiempo, al conjuro de su mente, tanto él como Christine se hicieron invisibles a los ojos de los agentes.

Gracias a este extraño subterfugio, mientras los agentes retrocedían desconcertados, pudieron salir de la celda y situarse en un rincón del pasillo de paredes metálicas, junto a la cabina de inmersión de las celdas.

Y dentro de la cabina había varios oficiales de la fuerza pública. Arno sólo tuvo que mirar a través de un rectángulo transparente. Señaló a un oficial de alta graduación que estaba junto a los técnicos cibernéticos, y dijo:

— ¡Ese sujeto, con uniforme de jefe, es mi hermano Kermon! ¡Quédate aquí, Christine; voy a llevármelo afuera!

Del vacío donde no parecía haber nadie, rompiendo los cristales de la cabina, surgió un rayo luminoso. El oficial señalado por Arno se volvió y emitió un rugido espantoso. Trató de protegerse detrás de los técnicos, pero el rayo le alcanzó en la espalda.

¡Un instante después, ante los ojos horrorizados de los otros, el jefe de la fuerza pública, se desintegraba envuelto en llamas azules y rojas que no parecían tener origen natural!

«—Nos veremos en nuestro pequeño apartamiento…, si es que logro volver! —habló Arno apresuradamente—. Ahora viene la gran lucha con Kermon… ¡Su espíritu contra el mío, su poder sobrenatural y su magia contra todo cuanto sé y ha aprendido! ¡Va a ser algo espantoso!

Antes de que Christine pudiera responder, la presencia invisible de Arno desapareció de su lado. Tratando de llamarle mentalmente, ella buscó la salida. Tropezó con varios agentes, quienes lanzaron gritos de terror, porque «tocaron» su cuerpo y no la vieron, y estaban seguros de que en todo aquello intervenían fantasmas; pero logró salir a la calle.

Una vez en su apartamiento, Christine recobró la apariencia normal.

Y fue en el instante cuando el suelo tembló por vez primera, agitándose paredes, muebles, cuadros y lámparas.

¡Aquél fue el primero de una serie de fenómenos que empezaron a producirse, y que estaban estrechamente relacionados con la lucha titánica entablada entre dos seres cuyos poderes sobrenaturales escapaban a la comprensión de los hombres!

* * *

Una enorme bola de fuego pareció descender del cielo vertiginosamente sobre la Tierra, perforando su superficie y penetrando a gran profundidad en el subsuelo, fundiendo y aniquilando todo cuanto encontró en su camino, hasta envolver la gruta subterránea en donde se había refugiado, en su huida, lo que quedaba de un extraordinario espíritu de las tinieblas.

Abrasado por la incandescencia de la gigantesca masa solar, la fuerza de las tinieblas se agitó e hizo temblar el suelo. Todo el continente australiano, sacudido por el terrible seísmo, se convulsionó, haciendo quebrarse la corteza, hundirse la superficie en muchos lugares y permitiendo que las aguas del mar, agitadas violentamente por el vacío, se precipitasen tierra adentro, asolando todo lo que encontraron a su paso.

Posiblemente, en la maligna voluntad del increíble ser de las sombras existía el deseo de destruir toda la Tierra, y desaparecer él, juntamente con todos los mortales que la poblaban.

Pero las fuerzas descomunales que controlaban la gravitación universal se opusieron tenazmente. La lucha estaba entablada entre dos fuerzas gigantescas y opuestas. Eran la Luz y la Oscuridad reinantes en un rincón del cosmos.

El Todopoderoso, al crear el universo, dispuso el macrocosmo de suerte que el encadenamiento galáctico tuviera más cohesión que el poder de las fuerzas terrenas, de lo contrario, el caos más espantoso se habría producido en aquel momento.

Pero no fue así. Los espasmos producidos en las entrañas de la Tierra no llegaron a provocar el cataclismo. Pero sí hicieron que inmensas cavernas se desplomaran en el interior de la corteza terrestre, y las corrientes de magma incandescente encontraron una abertura para lanzarse al exterior.

En aquella telúrica convulsión, surgió un volcán, que más tarde se llamaría Volcán Kermon, por donde escaparon las llamas y las rocas de fuego que habían abrasado todo el poder espiritual acumulado por un ser maligno y maldito que pereció totalmente abrasado por las corrientes subterráneas de lava ardiente.

El fuego, la luz, el aire y el agua, al servicio de otra fuerza increíblemente mayor, cambió el paisaje del quinto continente. Hubo millones de muertos en todas las grandes ciudades. Pero Sidney resultó incólume.

Capítulo X

Transcurridos una treintena de años, el hombre de aspecto joven que se hacía llamar Gary Berrett, alzó la cabeza del cuadro electrónico de cálculo y miró hacia donde su bella esposa ajustaba un microscopio de partículas «láser».

Un cúmulo de pensamientos acudieron a la mente de Gary.

— Christine.

Ella no le oyó, absorta como estaba en su trabajo.

— Chris —llamó él, más alto.

— ¿Eh? ¿Qué ocurre?

Gary miraba a través de los cristales del muro, hacia la sala de Física, donde habían más de cien alumnos, en su clase de prácticas.

— Mira a nuestro hijo Frank.

Ella volvió el rostro y siguió la mirada de su esposa, hacia un joven de bata plateada, que se encontraba junto a un pequeño acelerador de partículas elementales.

Era un muchacho de unos veinticinco años, apuesto, bien parecido, aspecto inteligente, alto.

— ¡Es muy guapo! —dijo la madre, con orgullo.

— Sí, cierto. Muy guapo…, exterior e interiormente. Estoy satisfecho de la mente de Frank.

— ¿Estás pensando en iniciarle en tu magia?

— No le llames magia, querida. Es conocimiento superior.

— Me gustaría que fuese un ser normal. Un hombre como sus compañeros.

— Eso es imposible. Hay una semilla en él de predestinación —musitó Gary.

— ¿Señor del fuego…?

— Te ruego que olvides a Kermon, Cris. Pero no olvides jamás que la

lucha entre la luz y la sombra continúa.

Christine sonrió. Luego, cerró los ojos y musitó:

— Que sea la voluntad de Dios.

— Mi padre tiene mucho interés en el futuro del muchacho.

— ¡Más tengo yo! —exclamó Cristina—. Renunciaría, incluso, a la inmortalidad. Pero es un hijo de nuestro amor, de la Tierra, y quisiera que siempre lo fuese.

— ¿Y verle morir dentro de treinta o cuarenta años?

— No, Gary. ¿Por qué se ha de morir?

— Es ley de vida.

— ¡Una ley que debería abolirse! ¡Nosotros gozamos de privilegios extraordinarios! ¡Hay discriminación, selección, favoritismo ancestral!

— ¿Qué quieres decir? ¿Nunca te había oído hablar así?

Christine se acercó a su marido y le puso las manos en los hombros, mirándole intensamente a los ojos.

— Nosotros conocemos el secreto de la longevidad. ¿Por qué no revelarlo a la humanidad? ¿No crees que se ha llegado ya a la mayoría de edad?

— No, no lo creo. Todavía hay mucha ignorancia.

— Piensa de otro modo, Gary. Mira a esos jóvenes trabajando para el futuro. Son los sabios del mañana. Y cuando empiecen a dominar los secretos de la naturaleza, morirán.

— Otros vendrán tras ellos a continuar su labor. La cadena infinita no se interrumpe.

— Pero sería mucho más rápido si pudieran dedicar muchos siglos al estudio. Recuerdo que mi padre decía: «¡Ah, si yo tuviera varias vidas! ¡Lograría desentrañar todos los secretos del cosmos! ».

— Tu padre soñaba, querida —repuso Gary, sonriendo—. Yo he tenido esas vidas y aún no lo conozco todo.

— ¡Pero sabes muchísimo más de lo que sabía mi padre!

— Sí, es posible. Sé conjurar a los espíritus, para que me ayuden a dominar las colosales fuerzas de la naturaleza. ¿Qué harían los millones de seres que pueblan nuestro sistema solar, si pudieran hacer lo mismo?

«¡Oh, sería espantoso! Sólo tienes que escrutar las mentes de las gentes que nos rodean. No todos son como Frank. La mayoría, si tuviera un poco más de poder, se rebelaría contra lo establecido, atacaría, trataría de imponerse.

— No lo creo, Gary. El saber hace humildes a la gente.

— ¿Lo hizo a Kermon?

— ¡Has dicho que le olvide!

— ¿Quieres polémica, eh?

— Pienso en el día en que le aniquilaste y me horrorizo. Murieron millones de seres… ¡Australia entera fue sacudida en espasmos, y fue un milagro que yo no muriera también!

Gary soltó las manos de su esposa, que le sujetaban los hombros, y se volvió hacia una de las ventanas panorámicas. Allí se detuvo y contempló los jardines del exterior.

— ¿Tú crees que un simple mortal podía hacer aquello? —preguntó con un hilo de voz.

— No lo sé. ¿Acaso no fue obra tuya?

— No. Fue la obra de la naturaleza desencadenada, la obra de los espíritus de la luz, la lucha que siempre ha existido y existirá. Kermon no era más que un pobre diablo, como yo.

»Pero la escaramuza hizo intervenir a todo lo que él y yo representábamos. ¿Qué crees que es un conjuro?

— Una llamada al Más Allá —contestó Christine.

— No es sólo eso. Hay seres que pueblan las dimensiones infinitas del cosmos y que antes fueron de carne y hueso, como nosotros. Seres que nacieron de madre y que han evolucionado después de su muerte. Son más que materia y más que energía. Son fuerza psíquica, más potente que mil soles, porque unen entre todos una colosal potencia.

»Todo ese poder invisible estaba conmigo, o, al menos, una parte próxima. Otra parte, sombría y tenebrosa, estaba con Kermon. Entablada la contienda, nuestros aliados acudieron en la justa medida. Para destruir a Kermon se necesitaba una fuerza muy grande. Era un gigante de las tinieblas. Se empleó un gigante de la luz, y se le trituró, como él nos pudo cegar a todos y dejarnos en las tinieblas eternas, si nos vence.

»¿Qué hice yo personalmente? ¡Nada o muy poco! Fui el soldado de vanguardia, el explorador que estableció contacto con el enemigo. El resto de la lucha se efectuó en los gabinetes de estrategia, logística, estado mayor, etc. Actuó la artillería, la aviación y la armada.

»Eso fue lo que ocurrió. Se aplicaron tácticas y el enemigo fue vencido. Nada más. En una guerra, las ciudades sufren las consecuencias de las bombas, la población civil muere y se padecen muchas calamidades que el Alto Mando considera como inevitables.

»¿El resultado? La victoria, la paz, la restauración de todo lo

destruido y a continuar viviendo.

— ¿Es así de simple?

Gary Berrett, profesor de Física de la Universidad de Sidney, se volvió a su esposa y colaboradora, la cual se había quedado ante él, mirándole de hito en hito.

— Sí, Chris; es así de simple. No debías ignorarlo. Yo no maté a Kermon. El inició su acción de sabotaje contra nosotros. No calculó las consecuencias de su acto, y las fuerzas naturales que le apoyaban le abandonaron al desencadenarse la contraofensiva.

»¡Y recuerda que yo no dirigí la contienda!

»¿Crees, acaso, que mi fuerza es tanta que puedo acumular la potencia de mil rayos y lanzarla contra la madriguera de Kermon?

— Pues…

— Si creías tal cosa, recházalo. Yo sé que la luz vencerá siempre a las tinieblas. Atiende, Chris. La humanidad surgió de la oscuridad. Eso te lo dirá cualquier libró antiguo o moderno. Al principio no había nada, dice el Génesis.

»Se formó, en alguna parte, la primera molécula viviente. Dios la activó. El Todopoderoso debía estar solo, tal vez después de una experiencia humana como la que vivimos nosotros ahora, y quiso probar de nuevo. Esto no lo sabremos jamás ni nos importa.

»Se hizo el primer calor, la primera luz. Lo demás se dio por añadidura. No es proceso de un día, ni de millones de siglos. Es un proceso que llamamos eterno, aunque ello no impide que hayan habido otras eternidades anteriores. Yo, particularmente, creo que siempre hay algo antes y algo después.

»Pero concretémonos a lo nuestro.

»Se empezó a formar el universo, surgieron los mundos, las luminarias, las galaxias. Las tinieblas, antes de que existieran los seres, ya estaban vencidas. Eso lo sabía Kermon y todos sus adeptos y seguidores. Pero no podían rebelarse, ellos estuvieron rigiendo muchísimos siglos, en alguna parte.

»Al crearse la vida, lógicamente nacieron seres de todas las especies, seres nocturnos y seres diurnos. Eso ha sido lo que ha hecho la naturaleza. Y en el más allá ligado a nosotros, en las tinieblas eternas, también los espíritus de la luz y la oscuridad entablaron sus rencillas.

»La eterna lucha, Chris. Nosotros venceremos mientras la humanidad necesite progresar. Cuando lleguemos al fin, la luz lo convulsionará todo, estallará el universo y sus miles de millones de galaxias, y volverá

a reinar la nada, el vacío, la muerte.

— ¿La oscuridad? —preguntó Christine.

— No. Ya reinó al principio. De ella salió la luz y la sabiduría. Piensa en símbolos y no en ideas concretas, querida. Nosotros podemos cambiar el nombre de las cosas, pero no cambiamos las cosas mismas.

»Empezamos a vencer a las tinieblas con el progreso. Nosotros hemos de conseguir que éste no se interrumpa jamás. Pero tampoco debemos acelerarlo excesivamente. Todo está calculado y medido convenientemente. Y si es así, te lo aseguro, Chris, ¡no puede ser de otra manera!

Durante un rato, los esposos guardaron silencio, como reflexionando ella y él buscando si se había dejado algo por decir. Y debió de ser así, porque Gary se volvió de nuevo a Christine y añadió:

— Tú conoces los secretos del carbono. Necesitas tierra negra y temperatura y te basta eso para crear un bello diamante. Con un molde adecuado, lo puedes sacar incluso con forma, casi tallado y pulimentado.

— ¿A qué viene eso ahora? —preguntó Christine.

— Es un ejemplo que voy a ponerte, como, el secreto de la vida eterna entre los Iluminados de Abartha. Dile a cualquiera de esos muchachos cómo se hace un diamante. Si el chico es consciente, utilizará el secreto en su provecho propio, creará riqueza para sí y ahí terminará todo.

«Pero si el secreto se lo revelas a un loco, lo más probable es que se crea el rey del mundo y nos inunde de diamantes. Al final, será más difícil obtener un pedazo de carbón que una piedra preciosa. Y tu alquimista habrá matado su gallina de los huevos de oro.

»Así es la humanidad, querida. La luz no puede ser para todos igual. Y la luz, en este caso, es la sabiduría. Nuestro Frank, llegado el momento, sabrá hacer diamantes, oro, platino y todo lo que sea preciso. Pero estará convenientemente preparado para hacer buen uso de todos esos conocimientos.

— Te comprendo, Gary.

— Tú misma fuiste aceptada en la «Hermandad Mayor» por dos razones importantísimas. Primero, eras hija del profesor Hettinger, y poseías un talento nada común. Yo me cercioré de ello. Y segundo, me gustaste en el primer momento en que te vi. Tenías, por tanto, que venir.

— ¿Me secuestraste? —preguntó ella.

— ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

Christine no pudo por menos que avanzar hacia su marido y echarle los brazos al cuello.

Afuera, en el laboratorio de física, alguien se fijó en el profesor y se dirigió a Frank Berrett.

— ¡Eh, Frank, mira a los viejos!

El joven se volvió, vio a sus padres y sonrió. Luego, se dirigió hacia el gabinete insonorizado de sus padres, a cuya puerta llamó con los nudillos.

Gary y Christine se volvieron.

— ¿Se puede pasar? —preguntó el hijo.

Gary le hizo gestos afirmativos. El muchacho entró y dijo:

— ¿Qué os pasa? ¿El espíritu de la primavera?

— No, Frank; el amor. Quiero a tu padre y lo querré mientras viva. ¿Te molesta eso, hijo?

— ¡Oh, no, mamá; todo lo contrario! Me encanta y me conmueve al mismo tiempo. Pero encuentro que deberíais oscurecer estos cristales. Los alumnos se fijan en todo.

— Mejor, Frank —dijo Gary—. Aquí no sólo se aprende física, sino algo más. Vosotros sois jóvenes y, al parecer, sólo os interesa estudiar. Pero la vida se compone de muchas cosas más. Y amar a nuestros semejantes es una buena lección humana.

El joven se acercó sonriente a sus padres.

— Parece poco serio, queridos —observó—. Claro que parecéis tan jóvenes aún. ¿Cómo lo hacéis?

— Es un secreto, Frank.

— ¿No podéis decírmelo? Son muchos los que me preguntan, cuando me ven contigo, mamá, si eres mi madre o mi hermana.

— Yo me sentiría orgulloso de ello, Frank.

Poniéndose serio, el joven replicó:

— A mí me preocupa, mamá. Alguien me dijo si no habéis encontrado el elixir de la eterna juventud.

— Pues cuando te pregunten eso, le dices que es la felicidad y el amor lo que nos conserva siempre jóvenes —dijo Gary, acercándose a su hijo y tomándole de los hombros, para llevarle hacia su mesa—. Si eso fuera cierto, ¿qué dirías?

— Querría compartir el secreto, papá —exclamó impensadamente el joven.

— Me parece muy bien. ¿Y una vez lo conocieras, qué harías?

— Lo divulgaría a toda la humanidad, para que todos fueran siempre jóvenes y felices, como vosotros dos.

Gary Berrett no pudo por menos que dirigir una instintiva mirada a su esposa, la cual bajó la vista al suelo.

— ¿Has pensado bien lo que dices o te ha salido así, espontáneamente? —insistió Gary—. Yo tengo aquí una modernísima computadora biónica, que en pocos segundos realiza cálculos increíbles. ¿Quieres saber lo que haría esta máquina si tuviera el medio de prolongar la vida de toda la humanidad?

— Estaba bromeando, papá —contestó el joven—. Nadie puede vivir siempre.

— ¡Podías estar equivocado, hijo! —exclamó Christine—. ¿Qué diría la computadora, Gary?

El aludido se levantó, fue a situarse delante del tablero de información y, mientras su mujer e hijo se situaban a su lado, empezó a programar una serie de datos, que los circuitos impresos transformaron al instante.

La luz roja de «negativo» surgió en el tablero indicador. Después, la memoria impresa tradujo el sentido matemático de la cuestión.

— Ya lo veis. La humanidad no puede ser inmortal, pero se admite la evolución continuada y la ampliación, también progresiva, del promedio de vida, que el cálculo establece de modo acelerativo. Dentro de mil años, poco más o menos, la humanidad tendrá un promedio de ciento cincuenta años, salvo aquellos seres dedicados a prolongados viajes espaciales, a los que se les confiere cierta facultad hibernante o semiletárgica, debido a las grandes distancias siderales.

»No, hijo. Cometerías un error si tuvieras el elixir de la eterna juventud y se lo dieras a toda la humanidad. Las consecuencias serían catastróficas.

— No lo dudo, padre —dijo Frank—. Pero ¿qué diría el resto de la humanidad si supiera que yo puedo vivir eternamente y ellos tienen un fin?

— A eso podría responderte con una antigua teoría, no confirmada, de que nada muere definitivamente, sino que se transforma y evoluciona. Yo, una vez, tuve un sueño. Creí que estaba muerto, pero me encontré en un paraíso, donde no hacía frío ni calor, donde todo el mundo era dichoso, donde se encontraban reunidos todos los hombres, los parientes, los amigos…

— Eso era un sueño, papá. La realidad es que cuando uno muere se ha terminado todo. Y, si no os importa, volveré a mi trabajo. Tengo mucho que hacer.

— Sí, Frank. No estás capacitado para discutir los «sueños» de tu padre —dijo Christine, acompañando a su hijo hacia la puerta.

Cuando el joven salió, la madre se volvió a su esposo, apoyó la espalda en la puerta y suspiró, diciendo:

— Frank es un soñador, un romántico sentimental… ¡Jamás podrá ser iniciado!

— Te equivocas, querido. No es la primera vez que le hago preguntas de este tipo. Y sus respuestas son cada vez más interesantes. La computadora dice que la longevidad en la humanidad debe ser progresiva, luego admite que, aunque no es posible vivir eternamente, sí se puede prolongar la existencia.

— ¿Y es eso lo que entiende Frank por longevidad?

— Él tiene un concepto muy amplio de las mutaciones psíquicas. Precisamente, envié a Gantron una copia del resumen que hizo Frank sobre capacidad intelectual superior… No sé qué decirte, Christine; creo que no somos nosotros solos los que influimos sobre él para educarle. Creo que alguien más se interesa por el chico.

— ¿Tu padre? —preguntó ella, con un hilo de voz.

— ¿Y por qué no el tuyo también?

— Mi padre no fue Iniciado —dijo Cristina, dignamente.

— Pero fue una inteligencia superior, cuyo nivel sobrenatural puede compararse con el del mío. Y no creo que se encuentren muy lejos el uno del otro.

— Entonces, ¿será iniciado? —preguntó Christine, tratando de no delatar su emoción.

— Todavía es pronto… Ya te contestaré más adelante.

— ¿Y si la «Hermandad» se opone?

— ¿Qué dices, Chris? ¡Gantron no me hará una cosa así!

— ¡Tú quieres que sea como nosotros, Gary! —casi gritó ella.

— ¿Y qué otra cosa suponías?

Casi trémula, echándose en sus brazos y besándole, Christine musitó.

— Temí que tu rectitud te hiciera olvidar que es nuestro hijo… Y yo quiero lo mejor para él.

— ¿Estás segura de que lo nuestro es lo mejor?

— Aunque no lo fuera, ¡es lo nuestro, Arno Yidink!

Se besaron.

Afuera, casi todos los alumnos estaban contemplándoles, con una sonrisa conmiserativa y circunstancial. Alguien dijo:

— Son tan jóvenes…

FIN